TANGARUPA

ENRIQUE AMORIM

BOLSILIBROS ARCA

pieri

TANGARUPA

Colonia 1263, Montevideo
Queda hecho el depósito que marca la ley
Impreso en el Uruguay - Printed in Uruguay

TANGARUPA

ENRIQUE
AMORIM

ARCA / Montevideo

1

No era para María motivo de extrañeza sentir a su marido tan cariñoso y *besuqueador.* Había estado a pasar la tarde del domingo *el brasilero Pereira,* con su mujer y sus cuatro hijos. Después de tal visita, Nicolás Acunha solía mostrarse excesivamente cariñoso con su compañera.

María, que tal es el nombre de la patrona de "El Fondo", oyó de labios de su marido las cálidas protestas de amor; y cayeron de su boca los besos de aquel hombre que cotidianamente regresaba del campo, derrotado por la ruda jornada de la faena campesina.

—María —le dijo aquella tarde, con la carnosa boca bigotuda, junto al oído—, tenés que darme un hijo, María... Yo te quiero mucho y siempre trabajo pensando en eso...

La mujer callaba. Bien sabía ella que la prodigalidad de su marido era la resultante de la visita del *brasilero Pereira.*

Toda vez que el vecino "del otro lado" cruzaba el río con *sus crías a la cola,* la jornada terminaba en cariños empalagosos para María... Así resultan siempre las caricias de quienes las prodigan, con el íntimo y terrible convencimiento de irse fatalmente alejando del ser querido... Una serenísima y humana envidia acariciaba el instintivo anhelo del estanciero.

* * *

Nicolás Acunha había llegado a Tangarupá a raíz de la muerte de su padre acaecida en el campo

de batalla del combate de "Arbolito". Capataceó "El Fondo" bajo la tutela de un tío suyo, y se independizó más tarde, quedando al frente de unas mil cuadras. No alcanzaba a más la legada propiedad de su padre. Había hecho estudios en la ciudad —comercio y teneduría de libros—, los cuales le sirvieron para odiar el estúpido trabajo de ir haciendo las cuentas con el criterio ciudadano.

De cuando en cuando, a las cansadas, a cada muerte de obispo —como solía decir él— llegábase hasta el pueblo para arreglar algún asuntito en el Banco.

Poco a poco se le fueron cerrando los horizontes de su imaginación, como caminos que ya no habría de recorrer.

En los primeros tiempos vivió con su cocinera, extraña mujer que tenía *los ojos más juertes de Tangarupá*... Por aquel entonces se pasaba los días enteros bajo los árboles, sucio y melancólico, tomando mate. Llegada la noche, era su dicha acostarse temprano después de haber ingerido dos o tres *cebaduras*.

Así corrieron cinco años. Un día conoció a la hija del capataz de los Gutiérrez, María. En el bréque de éstos había concurrido a unas carreras efectuadas en el "Paso de las perdices". La conoció y quedó prendado de la muchacha.

Al principio le pareció muy joven para sus treinta y ocho años, pero fué, no obstante, poco a poco, acostumbrándose a la idea y haciéndose asiduo visitante a lo de Gutiérrez...

Como *no había caso* —según palabras de los amigos— de hacerla su compañera sin bendición, Nicolás cerró los ojos, y sin pensarlo, se metió en el matrimonio.

María era rubia, menuda, delgaducha. Tenía su voz la inflexión de los temperamentos flojos o apá-

ticos. De una inocencia rayana en la bobería, todo lo preguntaba y averiguaba los porqué y los cómo con curiosidad inocente y desmedida.

Apenas sabía leer, y escribir era para ella el mayor sacrificio. Tanto pudor guardaba por su garabateada letra como por dejar al descubierto alguna parte de su cuerpo menudo. Criada junto a las hijas del patrón, sabía de mala manera las pueriles coqueterías traídas de la ciudad por aquéllas en las prolongadas vacaciones.

En los primeros tiempos Acunha le había advertido que para ellos era mejor no tener hijos. El hombre tenía sus secretas razones para hacer aquella rogativa. María trató de obedecer y contentar a su marido.

Vida como la suya le sirvió para conservarse joven y fresca al lado de su marido, el cual día a día tenía más arrugas en la cara, más cabellos blancos y menos disposición para el trabajo.

Cuando triunfó la buena época y las haciendas llegaron a un precio enloquecedor, Nicolás "hizo la América" con su invernada. A raíz de aquellos felices acontecimientos, y presintiendo una fría vejez, comenzó a insinuarle de contínuo:

—Es inútil María, los gurises alegran una casa, es inútil...

La mujer se dejaba estar, con aire de matrona, en un viejo sillón de hamaca cuyos mimbres, salidos de la trama, siempre le hacían "sietes" en el vestido.

Al atardecer solían hablar de la marcha afortunada de los negocios, en el frente de la casa, de cara al sol poniente. Pero, en los últimos tiempos, Nicolás llevaba a cabo una batalla tenaz contra las hormigas, vigilando la quinta y sus contornos, con implacables ansias de exterminio. Esta disposición hostil, que el hombre creía muy útil, les robaba horas de solaz y esparcimiento.

La visita del *brasilero Pereira* había traído consigo una novedad. El amigo feliz que, con su presencia le tornaba envidioso haciéndole pensar en la infecundidad de su mujer, le obsequió con una caja de botines llena de hormigas. Se trataba de una especie "devoradora", las cuyabanas. Según Pereira, contribuiría al exterminio de las dañinas que pululaban en "El Fondo".

La novedad fue grandemente festejada por Nicolás. No bien había despedido al amigo —ayudándole con su mujer a subir "las crías" al breque— corrió a ver la caja que había dejado encima de una silla del patio.

Sacudióla a poca distancia del oído, para comprobar que no estaba vacía.

María le vió venir. En su sillón, vestida de blanco —como se había preparado para recibir a las visitas— se dejaba estar muelle y remolonamente, mientras su marido, agachado, hecho un arco, seguía un camino de hormigas para dar con la entrada de la cueva y volcar allí el contenido de la caja. Deseaba ardientemente presenciar el regalado festín de las devoradoras.

Cuando dió con la entrada, después de haber andado algunos metros con la cabeza a la altura de los muslos, preparóse para aquel trabajo.

María desde el viejo sillón, con la rubia cabeza inclinada hacia atrás, le habló:

—*Igo yo;... y esas, ¿no harán más daño que la jotras?...*

—*¿Qué? ¿Qué decís?* —interrogó el hombre levantando bruscamente la cabeza, como si despertarse de una pesadilla.

—*Igo yo* —repitió María— *¿si esas no harán nido por ahí?*

—¡Bah! *¡No importa, éstas no son dañinas!* —y bajó nuevamente la cabeza.

—*¡Pa mí que va a suceder lo mismo!... Igo yo... ¿Y si se acostumbran a comer las plantas? Igo yo, van a aquerenciarse...*

—*Siempre harán menos estragos que las crioyas...*

Nicolás ya no podía contestarle. Acababa de volcar, en la misma entrada de la cueva, el contenido de la caja: hormigas vivas y muertas, hojas marchitas y pedazos de troncos de caña de azúcar, entre terrones desmenuzados...

Como atontadas, mal caminaban las cuyabanas de un lado para otro, arrastrando las patas, entumecidas o quebradas. El camino de las criollas se dispersó ante aquella avalancha.

Nicolás trataba de limpiar el suelo quitando con cuidado los pedazos de caña. Soplaba, acercando la boca a una cuarta del suelo, con los cachetes rojos.

Acicateada por la curiosidad, María abandonó su asiento. Los mimbres del sillón, salidos de la trama, provocaron un ¡ay!, mimoso y repentino... Quedaban enredadas unas hebras de su cabello rubio.

Los dos guardaron silencio, esperando que las devoradoras se entregasen al trabajo de engullirse a las criollas.

La sorpresa de las dañinas era visible. Entraban y salían de su agujero, como azoradas. Parecían empeñadas en la fraterna tarea de advertir a sus hermanas, las cuales, ignorantes de la invasión desastrosa, dormían en el interior de la cueva.

—*¡Qué grandes!* —exclamó la mujer pensando en voz alta. Y a continuación el estribillo que al principio tanto había sorprendido a Nicolás, pero que al poco tiempo ya ni lo advertía:

—*Igo yo. ¿De éstas debe haber muchas en el Brasil? Igo yo...*

Las dos palabras pronunciadas por María, antes y después de hablar, como si pretendiese anunciar

y terminar su pensamiento, sonaban para aquellos que las escuchaban por primera vez. Después, era fácil acostumbrarse a ellas. No eran, en resumidas cuentas, más que una perezosa abreviatura del *digo yo* de cualquier otra persona.

Las hormigas extranjeras cruzaban por encima de las criollas, sin darles importancia.

—*Igo yo... ¿No serán ciegas? Igo yo...*

—*¡Oh, dejalas no más. ¡Cuando se espabilen un poco, verás si devoran!...* —aseguró Nicolás con la vista fija en el espectáculo.

Se cansaron de mirarlas. Acunha tenía las uñas llenas de tierra. Metía la punta del índice derecho debajo de las hormigas que intentaban alejarse del lugar y les hacía dar un salto por el aire, procurando acercarlas a la puerta de la cueva.

María se cansó de esperar el espectáculo que debían ofrecerles las hormigas brasileñas.

—*Igo yo... ¿No han de tener hambre? Igo yo...*

Y se alejó indiferente hasta el sillón, frotándose las manos y los brazos como si el aire del atardecer le causase un frío nervioso.

Cuando Nicolás *quiso acordarse* tenía los ojos nublados de tanto mirar aquel apresurado ir y venir de las hormigas. El camino dispersado consiguió ordenarse al rato, y continuó su marcha la diminuta caravana.

La luz se había hecho escasa. Del corral llegaba el balido doloroso y lamentable de un ternero encerrado. María miraba tontamente el vuelo torpe de los dormilones tanteando el aire con sus alas y las veloces acrobacias de las tijeretas haciendo piruetas en el aire fresco y agradable del atardecer.

* * *

Era tal el deseo de tener un heredero que ya no podía callarlo, y menos aún sabía disimular. Co-

mentaba, lo que era para él la peor desgracia, con todos sus amigos y conocidos... En la estación, con la familia del jefe; con su peón casero, viendo correr por el campo a alguno de los hijos de éste, quemados por el sol y robustecidos por el aire sano de la campaña.

—*¡Ya podía yo tener hijo ansina!* —exclamaba.

—*Vea, patrón, yo que usted hacía ver a la patrona María, con la médica. Casos ansina la Felipa tiene caraus muchos. ¡Tanto lidiar con gente arrevesada!...*

—*Callate, Braulio... ¡Qué saben ustedes de eso!... Es la naturaleza que la hizo ansina, machorra...* —Y se quedó pensativo, ante la duda y la prueba sugerida por su peón.

—*Las machorras por ojeo se curan, patrón... ¡Quién sabe no li han codiciau la patrona! O la mujer aquella, que vivió con usted, no la ha dañau a la patrona, con sus ojos dobles...*

Nicolás no quería seguir hablando de su desgracia. Dejó al peón de confianza, con el mate en la mano, y se fue *pa las casas,* rumiando su desventura...

La mujer del peón casero les estaba escuchando. Odiaba a *"la María",* pues ésta, desde su casamiento con Acunha, se había puesto muy engreída y orgullosa.

Al escuchar el diálogo sostenido entre el patrón y su hombre, le vinieron ganas de terciar en el asunto. Oyó los pasos del patrón que se alejaba, y apareció en la puerta de la cocina dispuesta a reñir con su marido:

—*Vos también ¡qué sabés de eso! Dejate de pamplinas. Es al ñudo, ¿me oís?; la María e machorra, no va criar nunca. ¿No ves como le cuesta envejecer? Las mujeres machorras parecen gurisas siempre...*

—*¡No seás deslenguada, canejo!... Pa mi entender, la han ojiau. ¡La patrona es flojosa y...*

....—¡Pamplinas! Aura le quiere echar la culpa a *la Rosaura...*

—*¡Claro, si tenía ojos dobles la digraciada!...*

Rosaura era la ex concubina de Nicolás. Extraña mujer, cuyos obscuros y raros ojos chispeantes llamaban la atención de los hombres que la trataban.

—*Talvés sea, como dice la médica, un castigo e Dios... Al patrón le ha dau juerte con las hormigas, y a los que persiguen ese bichito e Dios, el cielo los castiga...*

—*E machorra, dejate de pamplinas...*

El llanto de un niño alzó en el rancho vecino su cristalina protesta. El peón, sin mirarla, dijo a su mujer:

—*¡Andá, andá! Atendé la criatura, si no querés que me venga la rabia...*

La mujer obedeció. Cruzó una enramada y entró en la pieza para calmar al chico.

Braulio vió al patrón bajo los árboles, agachado, siguiendo un camino de hormigas, que se trepaba a un naranjo.

—*¡Pucha digo!* —exclamó con voz ronca, fastidiado.

—*¿Qué, qué hay? ¿Estás rezongando?* —respondió con voz apagada la mujer, dando de mamar al chico.

—*¡Ta madre! ¡Cayate, te digo!* —sentenció el hombre.

Y se alejó para el corral, escupiendo repetidas veces como si tuviese sucia la boca de ceniza y carbonilla volada del cercano fogón apagado...

2

Nicolás se hizo el que no sabía nada, pero estaba en antecedentes. Claro, no podía apoyar la para él

absurda idea de que su mujer estuviese "enmandingada" o que sus ansias de acabar con las hormigas eran castigadas por Dios... Esas eran cosas de las hermanas de su mujer, unas ignorantes, casadas con groseros peones cargados de supersticiones, tan ignorantes como ellas. Solamente a ellas se les podía ocurrir la mala idea de creer que María no podría tener hijos, mientras no le "aventasen el mal"...

La dejó, no obstante, ir con su hermana varias veces a Saucedo, un caserío miserable asomado al camino polvoriento.

María iba a consultar a una curandera, Misia Felipa, famosa milagrera y "dotora en yuyos".

La tal Felipa había tenido una juventud de aventurera, viviendo por temporadas con los estancieros de las inmediaciones y mezclando su innata astucia campesina con una dosis de malicia ciudadana asimilada en aquella convivencia.

Explotaba, a su vejez, sus canas y sus impresionantes manos sarmentosas.

Toda ella era un espectáculo de miedo. Sus rotosas ropas negras; sus ojillos grises y vivaces; la desdentada boca, sumida y seca; sus uñas largas; sus brazos esqueléticos y el pecho hundido, como si tuviese el corazón escondido en una cueva...

Vivía rodeada de hijastros y guachitos. Recogía los chicos abandonados para criarlos a su modo, y más de una quintandera había encomendado a sus manos el fruto de sus pobres amores de vagabundas. Hasta se decía que entre aquellos hijastros y guachitos, había uno, fruto de cierto pecado oculto de una mujer de la ciudad lejana. ..Este era un muchachote triste, flaco y solitario. Sin saber su origen, parecía que su delicada ignorancia hablaba de su cuna.

La Felipa tenía entonces, además del solitario muchacho sobre quien se tejía una leyenda, dos chi-

cos adolescentes —una hembra y un varón— adiestrados en la selección de yuyos y en el robo de huevos en los gallineros vecinos.

Cuando llegaban personas extrañas en busca de alivios o remedios, hablaba a sus guachitos con tierna y cariñosa palabra maternal:

—*¡M'hijitos, un banco pa las visitas!... Bica, hijita mía, vení pa cá, saludá a la señora!... ¡Asiéntese, asiéntese!... ¡Ta güeno!...*

Y se deshacía en cumplidos, con la boca llena de hojas masticadas con fruición.

Su morada tenía al frente una enramada, donde un barril de agua fresca arqueaba su panzuda figura negra. Después, el rancho con dos piezas desiguales y una cocinita de piso ceniciento.

En la pieza grande, una cama —la de Misia Felipa—; una cómoda y un "armario petiso", cuyas puertas no se podían cerrar ante la irrupción de yuyos secos que salía de adentro. Encima de la cómoda, y sobre una mesita de pino-tea, santos de palo, manojos de concorosa, cepacaballo, yerba lucero y botellas con preparados especiales. Bajo de la mesa, lámparas inservibles y viejos floreros, que la curandera conservaba como recuerdo de sus venturosos días de amante afortunada... Encima de la mesa de luz, tarros de galletitas de María llenos de ungüentos grasosos para curar "la bichera" y otras enfermedades.

Colgaban del techo bajo, de paja ahumada, manojos de diversos yuyos olorosos, pieles de víboras, cascarones de molle y cortezas de árboles especiales para hacer cocidos para la caspa. Distribuídos en forma de adornos, cuernos labrados. Se los había regalado el muchachón triste y solitario, sobre el cual se tejía el comentario novelesco de Tangarupá.

El tal héroe, desde sus doce años no hacía otra cosa que silbar, imitando a los pájaros, cuando no al

ñandú en las ardientes horas de siesta y de sed inaplacable.

Seguía a la curandera desde su más tierna edad por los campos y por la selva, cargando una bolsa repleta de yuyos y de cuernos.

Su natural silbido era triste y quejumbroso. A veces, con una áspera y aguda nota, manifestaba su estado feliz de ánimo. Entonces la Felipa, con los oídos traspasados por el silbido, aturdida, le gritaba:

—*¡Querés cayarte, cristiano del diablo!... ¡No hacé otra cosa que aturdirme!* —Y seguía su reto, como si lo masticase con las roídas encías.

—*Te viá encajar unos yuyos en la boca, pa que te ahugués.*

Pero, al momento, el muchacho volvía con su silbido triste y quejumbroso.

Le llamaban Panta, el guacho. Su nombre era Pantaleón Molinas. Un gaucho idiota, ahora desaparecido, había tolerado que le inscribiesen en el registro con su apellido. Manejos hábiles de un estanciero rico de la región, interesado en el asunto, y para el cual, la Felipa, a veces, oficiaba de Celestina...

A la tercera visita la machorra conoció a Panta, de quien había oído hablar en la estancia donde se criara.

Aquella vez, la curandera estaba en la cocina hirviendo el agua —para luego enfriarla con yuyos frescos y olorosos y dársela a beber a "la ojiada"—, cuando se oyó la voz de Panta que hablaba con Bica:

—*¡Qué empilchau golvés Panta!...* —gritóle, mofándose Bica.

Pantaleón venía rodeando la casa, temeroso de hallar en ella gente extraña. Miró con desconfianza.

—*Asiguro vos trabajaste pa la ropa, ¿no?* —respondióle algo contrariado.

—*Venís duro como trenzau sin mojar. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!... ¡Qué compadrón el cinto!...*

Panta vió una cabeza rubia asomada a la puerta, y se detuvo. Bica, dándose cuenta de la sorpresa del recién llegado, agregó:

—*Seguí, no seas guaso, seguí... Es doña María la del Fondo, que está enferma. Pasá, no te asustés... pasá...*

Bica había perdido la vergüenza de las primeras visitas de la *ojiada,* y se expresaba ahora con desenfado y sin embarazo...

Panta sacó el cuchillo y comenzó a limpiarse las uñas con la punta del arma. Recostóse a un palenque, para sentirse menos solo.

La curandera salió a la enramada. En una mano llevaba los yuyos y en la otra la pavita con agua caliente que respiraba vapores por su pico encorvado.

Al ver a su guachito cambió la mirada y sus ojillos vivaces y calculadores se clavaron en María.

Panta, al ver a su protectora, se acercó a paso de buey sediento. Venía empilchado, de cinto, golilla roja, sombrero nuevo y blanca camisa un poco almidonada.

—*¡Ejem!* —tosió la curandera—. *¿Largaste el trabajo?*

—*No había pa hacer nada más que un lazo... Aura, pienso dir pa el Brasil, a caminar.*

Se sentó en un tronco, todo cubierto de dibujos hechos a punta de cuchillo y a fuego, como cicatrices. Había cruces, marcas de hacienda, corazones y otros dibujos torpes, símbolos y caprichos.

Colocó su sombrero de paño entre las piernas, y tomándose las rodillas con ambas manos bajó la cabeza para mirar tontamente un caminito de hormigas, el cual pasaba por una de las ruedas del barril de agua.

Sus renegridos cabellos con tonos azulados cayeron sobre la frente amplia y despejada, entreocultando los ojos casi celestes, embellecidos por un mirar de lejanía.

La curandera preguntó mientras agitaba los yuyos en el agua:

—*¿Por qué te querés dir, cristiano?*

Panta levantó la cabeza y vió a María. Ella les escuchaba con la cabeza apoyada en el marco de la puerta. No pudo hablar. Por sus piernas corría un estrecimiento que subía a la garganta, enmudeciéndole.

—*¿Por qué, decí, qué te pasa?* —insistió la curandera.

—*Y si aquí no tengo nada, ¡pa que voy a quedarme!...* se lamentó el guacho.

Aquellas palabras impresionaron tristemente el ánimo de María. Esta miró a su hermana, que esperaba a la curandera sentada el borde de la cama. Comprendió por un gesto suyo que a ella también le habían lastimado las dolorosas palabras de Panta. Así lo dijo al momento la mirada interrogante y a la vez comprensiva, de su hermana Redusinda.

Cruzó por la enramada un chico. Venía del monte cargado de yuyos. En su diminuta mano derecha traía un nido con pichones. Los contemplaba mientras andaba, tropezando en la tosca del piso.

—*Ya está* —sentenció la curandera—. *¡Ta güeno!...*

Se puso de pie con dificultad. Anduvo, más achacosa que de costumbre, hasta su pieza penumbrosa, mascullando unas palabras incomprensibles, como un negro rezongo.

Las tres mujeres se encerraron. No era el tratamiento cosa sencilla. Con beber de aquel extraño cocido, enfriado con yuyos frescos, no se podía conseguir la cura. Tratándose de un *mal tan juerte* ha-

bía que secundar la acción *del preparau con masajes* en el vientre y cruces en la espalda. Y, después la untura, *tan güena como arrepunante*... ¡Ah, pero ella *tenía curaas a muchas,* si bien el caso de María era al revés del de las livianas de los alrededores...

Cuando salieron de la pieza era casi de noche. Panta estaba pegado al alambrado, con las piernas metidas entre los alambres. Parecía un pájaro con las alas abiertas que el viento había hecho chocar contra los alambres. Con sus ojos mansos, bebía la luz de los últimos rayos de sol.

Salieron. La Felipa era la única que hablaba, haciendo un ruido extraño al arrastrar en el suelo las sucias chancletas. María respondía con *sis* medrosos y avergonzados. La aparatosidad de la curandera había puesto el miedo tembloroso y la roja vergüenza en los palpitantes corazones de las infelices.

Caminaron hasta el sulky. La Felipa hablaba:

—*Mucho cuidau con olvidarse de las tres palabras al acostarse, hijita. Hay que decirlas siempre. Mañana Panta te yevará el amuleto... Telo prendés bien a la camisa...*

María apenas podía subir con sus propias fuerzas al vehículo. La voz gangosa de la curandera se apagaba antes de llegar a los oídos de Panta. Sus ojos devoraban los ademanes de María. Cada gesto de ella se hacía un lugar en los ojos del muchacho.

En el callejón se dejó oír el trotar acompasado y firme del tordillo del sulky. "El Fondo" dista unas setenta cuadras del rancherío.

María llevaba el corazón hecho un solo latido. Las manos de la curandera habían dejado sobre su piel las huellas del extraño masaje. Sentía aún las sarmentosas manos de la vieja recorriendo las partes más íntimas de su cuerpo. En las espaldas conservaba todavía la sensación desagradable provocada

por el poncho, cobertor de la cama donde la curandera la había hecho acostar.

Redusinda, su hermana, era la que más confianza tenía en la Felipa, pero no se atrevía a hablar dominada por el recuerdo del manipuleo de la curandera. El caballo dio un tropiezo. Rudesinda miró a su hermana. Al ver su cara congestionada, quiso alivirla con estas palabras:

—*Ya verás cómo vas a conformar a tu marido... Pa la primavera vas a estar encinta... Y te dejará tranquila...*

—*Igo yo, ¿y si Nicolás nos aporrea?...*

—*¡Qué pucha, si se babea por tener un hijo...!*

María quería preguntarle algo sobre Panta, pero no se atrevía. Por otra parte, era muy conocida su historia. Sabían, o mejor, suponían, que era hijo de una mujer de la ciudad y de un fuerte estanciero alejado del campo. "Panta el guacho" era la realidad de la historia de una mujer que pecara. Una mujer con historia, vale decir, una mujer triste o interesante.

Pero el misterio de aquella vida campesina, nómada y miserable, ejercía una atracción en el ánimo de *la ojiada*. Su alma parecía buscar anhelosa la verdad de la vida de "Panta el guacho".

Con el ánimo dispuesto para aquel afecto, que poco a poco se iba transformando, María regresaba aquella tarde de Saucedo.

Su marido no entró en averiguaciones. El sabía que su mujer andaba en *arreglos* con la curandera. Eso era todo. Le repugnaba conocer más detalles sobre el particular.

3

Cuando llegó la noche, ya en el lecho, Nicolás sintió más intensamente la frialdad de su casa. La idea fija de que no podía alcanzar la dicha de tener

un heredero se incrustó en su cerebro como la cifra de una deuda impagable.

¿Quién tenía la culpa? La obsesión ensombrecía los ojos. Blasfemo, se acostó esa noche. Porque no podía sacarse las botas con la facilidad acostumbrada, renegó un momento, y luego metió el pie entre los barrotes de la cama de hierro, ingeniándose para sacárselas sin mayor esfuerzo.

Cuando vió la blancura de las carnes, jóvenes aún, de su compañera, le vinieron ganas de maltratarla. Entre dientes, alejándose de su mujer con la bigotuda boca pegada a la almohada, díjose fastidiado:

—*Inservible... porquería... machorra.*

Un olor tibio y agradable salió de entre las sábanas. Para un hombre en celo, hubiese sido aquello la mejor caricia de la amante. Para Nicolás, que comprendía su inferioridad, fue un motivo más de repulsión:

—*Porquería, machorra...*

La mujer, a un lado de la cama, se acariciaba los muslos con una caricia perezosa y torpe.

Apagaron la luz de la vela que agitaba las sombras con un temblor de alas de mariposa. Un silencio hostil caía sobre el lecho, como un manotazo brutal que todo lo enmudeciera.

Al cabo de una media hora, el calor del lecho dulcificó el ánimo del hombre. Y, repentinamente, sufrió un brusco cambio, una repentina reacción de solitario.

Estiró el brazo por debajo de la almohada. Su mano rozó el hombro desnudo de María. Acercó la yema de los dedos a la redondez suave y tibia del hombro desnudo. Un inefable bienestar regularizó los latidos de su corazón. Los dedos de la mano, como las puntas indecisas de cinco besos, le transmitían un deleite ingenuo, fácil y sencillo. Después de haber

blasfemado contra su compañera, su mano tenía, para el hombre, la palabra del perdón repetida cinco veces en el silencio de la habitación.

María permanecía inmóvil con las manos en los senos, bajo de la camisa de hilo. Nicolás, al pensar que así, boca arriba, la tendría alguna vez si ella moría primero, pensó en ese día fatal. Esta idea hizo hundir las puntas de sus dedos en la carne, con una suavidad de garra que se torna caricia.

La mujer continuó inmóvil. Desde la cama se alcanzaba a ver, por el postigo entreabierto de la ventana, un pedazo de cielo. De cuando en cuando, con el ruido del ramaje de las casuarinas agitadas afuera por el viento, se oían las "mentiras" y los desperezamientos de los muebles del comedor.

Fue separando lentamente la mano, la cual, al cerrarse como una hoja marchita, producía una caricia inusitada. Luego, con los dedos pegados a la carne, corrió suavemente la mano por el brazo primero y por el antebrazo después. Aquel camino de carne llevó su caricia hasta las manos de la mujer y así hasta los senos. No se atrevió a tocarlos. Solamente tenía el perdón de las cosas fáciles del cuerpo. Los senos eran, por delicados y bellos, más exigentes y difíciles de perdonar.

Animado con la tolerancia de su mujer, aunque por otra parte ella no se había mostrado esquiva, Nicolás produjo en el cuarto un ruido molesto al querer acercarse a su mujer. Los elásticos de la cama denunciaron un ansia que sorprendió al mismo Nicolás.

María estaba absorta ante el recuerdo de la tarde pasada. A veces los amantes advierten las mutuas contrariedades, sin que haya mediado una sola palabra o acto que lo justifique. En tal caso estaba el ansia de Nicolás. Advirtió el áspero recibimiento de su mujer, sin que ésta hiciese el menor movimiento

de repulsión. Se oyó un nuevo ruido del elástico. Significaba que el hombre se había ubicado con todo su flanco izquierdo, rozando la carne de su compañera.

En los labios del hombre había un temblor luchando por transformarse en palabra. Quería limpiarse la boca de aquellas blasfemias:

—*Porquería... machorra... inservible.*

Sólo pudo decir, por lo bajo, casi en un suspiro, el nombre de su mujer.

María seguía inmóvil, pensando en los ojos celestes de Panta. Le veía perfectamente, a cuatro pasos del sulky...

Nicolás, temeroso de que la mujer se hubiese dormido, llevó la mano diestra hasta la cara de ella, posando las yemas del índice y del mayor sobre los párpados de María. El movimiento nervioso de las pestañas impresionó la ruda sensibilidad de su mano.

María, con los ojos fijos en la oscuridad y la boca entreabierta para dejar franca expansión a los suspiros, reconstruía las escenas vividas con Panta.

Nicolás comenzó entonces a balbucear tímidamente algunas palabras al oído de su mujer:

—*Yo te quiero mucho, ¿sabés? María. Estás linda y está calentita la cama. Cuando venga el gurí, vamos a estar más acompañados... Lindo pa ir al monte a comer un churrasco con el gurí en los brazos...*

Y, acercándose más aún, intentaba pintarle el cuadro agradable de la ciudad:

—*Vamos a ir al pueblo y vamos a andar juntitos bien pegaus. Vas a ver las tiendas y te vas a vestir con sedas. Nos vamos a acostar en el hotel, en una cama blandita, en un cuarto calentito, con estufa...*

Con la boca próxima al oído, siguió proponiéndole el viaje a la ciudad. María, a cada palabra de su marido, abría una sugestión íntima y recorría la

ciudad con la evocación de Nicolás, pero acompañada de Panta, besándose con el muchachón de ojos celestes y labios carnosos. Se dejaba llevar por las palabras cariñosas de Nicolás, pero lejos de él. Todo su cuerpo estaba entregado al momento aquel. Se le llenaban los ojos de lágrimas y los labios parecían balbucear palabras sencillas y fáciles de amor. La voz de Nicolás le llegaba de lejos, porque ella consideraba aquello como un sueño pocas veces tan feliz. La misma carne y su mismo corazón estaban próximos a caer entre unos brazos que la quisieran amar. Nicolás, sin embargo, tan sólo la ayudaba a completar su sueño. Hablaba por Panta, el guacho, con la mayor dulzura.

El hombre sintió de pronto la humedad amarga de una lágrima en sus labios ansiosos y, levantando la cabeza, buscó la boca entreabierta de María. Colocó una mano encima del vientre de la mujer. Ella temblaba como si estuviese por parir el suspiro más hondo. Cuando María sintió la boca de Nicolás en sus labios, pareció despertar bruscamente. Sacó las manos de los senos y, casi crispada en el rostro del hombre, gritó:

—*¡Dejame, igo yo! ¡No, dejame, estoy cansada, dejame dormir!*

Y, arrollándose como un ovillo prieto, le dio la espalda. Nicolás colocó sus dos manoplas en los hombros y la quiso acercar con violencia. Ella se zafó dos veces, y él, como si despertase también de otro sueño, le dijo, con toda su alma:

—*¡Machorra, floja, inservible, porquería!...*

Y, después de un corto y doloroso silencio, ambos se durmieron como dos niños cansados de llorar y bostezar.

4

El cielo está cargado de nubarrones. Por el olor que despedían los árboles del monte, Panta sabe que va a llover a la entrada del sol.

Se puso en marcha en seguida del almuerzo. A las cinco, a más tardar, ha de llegar a la estancia de Acunha. Lleva el amuleto entre la camisa y el cuerpo, envuelto en un pañuelo limpio.

Como está un poco cansado y le duele el pie izquierdo, recuerda el accidente que tuvo al caerse de la enramada, a los siete años, cuando ayudaba a techarla, acomodando las ramas traídas "a la rastra", desde el monte. Recuerda ahora las palizas que le daba la curandera. Era cuando no llegaban los pesos que, a fin de mes le enviaba, por intermedio del pulpero, el hombre que le había traído desde la ciudad como una cosa robada.

Atraviesa el alambrado y entra en el campo de Acunha. Luego pasa la cancela y se dirige a la cocina de los peones, donde una rueda de trabajadores rodean y completan el cuadro rojo del fogón. Su silbido peculiar había anticipado su arribo.

—*Güenas tardes* —dice en voz baja, respetuosamente.

—*Güenas, desensille no más.*

La gracia del que así se burlaba del emisario de la curandera arrancó una risotada general.

El capataz se levanta y va a su encuentro. Siente como un placer oculto en servir de intermediario entre la patrona y el emisario.

—*¿Podía ver a la señora?* —interroga Panta.

—*Vea, amigaso, en la enramada de la carnicería debe estar doña María. ¿Trai algo pa eya?*

—*Un amuleto que le manda la vieja.*

El capataz se acercó confidencial y dijo:

—*Asiguro eya no inora que el patrón anda com-*

batiendo juerte las hormigas... En ocasiones, eso suele ser malo. Si la médica no puede aventarle el mal a la patrona, es porque Dios castiga al patrón... No se olvide de ricordarle.

En ese momento, Acunha pasaba bajo los árboles, con un tarrito de veneno en las manos.

—*No vé, ansina anda todo el día...*

Panta mira al dueño de la estancia, con encono y curiosidad.

—*Vaya andando, amigo, pero no se olvide de advertirle a la médica eso e las hormigas...*

Camina Panta hasta la enramada de la carnicería, con las manos sobre el pecho, cuidando de no dejar caer el pequeño envoltorio. María le ve venir y comprende que el rubor le hace arder las mejillas. Piensa que Panta lo sabe todo, que la curandera le ha enterado de su mal y de los masajes en el vientre.

—*Le traigo el amuleto, señora...*

Panta extrae del pecho un pañuelo y se entrega a la tarea de desatar el fuerte nudo ciego que ha practicado en él. María recorre de una ojeada la quinta y el naranjal, y, al ver a su marido luchando con las hormigas, siente un repentino y triste abandono.

Al alargar el amuleto, Panta recuerda las palabras de la curandera:

—*Que se lo prienda bien a la camisa...*

El mirar pudoroso de María, enrojecida, dulcifica los ojos interrogantes del muchacho.

La diminuta bolsita roja que María recibe, contiene pelos y un escarabajo muerto, secado al sol de mediodía.

Por las manos de María cruza un temblor. Al retirar de las manos de Panta el amuleto ha rozado con las suyas las manos del muchacho. La sorpresa se tradujo inmediatamente en un bienestar dulcísimo, y pregunta:

—¿Tan bien por ayá? Igo yo, ¿no le dijo nada más? Igo yo.

—Nada...

—Igo yo, ¿y se piensa dir siempre pa el Brasil?

—Si encuentro conchabo, voy dirme en seguida...

Panta levanta la vista y la mira con ojos ansiosos. Los carnosos labios le tiemblan. Hace girar, como si tornillase, el único botón de su raída casaca.

Acunha aparece de pronto en el cercano camino de los naranjos y sin levantar los ojos, fijos en un punto del camino, le grita:

—Traime el veneno, ¡che María!...

—Igo yo... ¡Váyase!... Digalé que voy mañana... Igo yo...

Panta, al verse solo, pues María se retira apresuradamente, se aleja hacia la cancela a pasos indecisos y titubeantes. En su espíritu manso, aquella repentina e imprevista despedida no se traduce de la misma manera que en el ánima azorada y sorprendida de la mujer. Esta, al oír la voz de su marido, sintió en todo su menudo cuerpo la sensación del pecado.

Corre a la mesa del patio de la casa y coge el tarrito con el polvo venenoso para matar hormigas. Nicolás, con él en las manos, le dice:

—Ves, así echándolo en terreno seco, mata lindo ese preparau...

María, distraída, no separa los ojos de una dorada rama seca de naranjo que se dobla hacia el suelo.

—¡Mirá, canejo, no te pongás en babia... mirá!

A Nicolás comenzaba ya a molestarle la no participación de su mujer en aquella lucha contra las hormigas. El consideraba aquello como un signo de civilización y de progreso en la estancia.

—Igo yo, ¿y no hará mal perseguir a esos pobres animalitos?

—*¡Pobres animalitos!... y en una noche te dejan pelau una hilera de árboles* —y sigue sacudiendo el tarrito, rodeando el tronco de un naranjo con el polvo venenoso.

—*¡Lástima que va a yover!... ¡Pero eyas yevan el veneno en las patas... y en la cueva será la cosa!...*

Las últimas palabras llegan a los oídos de la mujer como un murmullo fastidioso. María, desde la puerta principal de la casa, que da al camino, sigue los pasos de Panta, cuya difusa silueta borrosa por la garúa que el viento trae arrastrando por el camino, vase alejando cada vez más.

Panta silba contento mientras anda. La caricia de María ha ascendido de las manos hasta los labios. Ensaya un aire alegre, muy popular en el Brasil.

El silbido fino, como un hilo de agua, finamente defiende la alegría de aquella jornada en el gris del lluvioso atardecer.

5

Don Ramón, el pulpero de Saucedo, envió un chasque a la médica haciéndole saber que en el tren del sábado había llegado una carta.

Al día siguiente, domingo y fin de mes, la curandera envió a Panta por ella.

La única persona que podía escribirle, y a veces a menudo, era el estanciero aquel que una mañana había llegado de la ciudad con una criatura, Panta, dejándosela a su cuidado y remitiéndole dinero, por intermedio del pulpero, todos los fines de mes.

Sin embargo, llegó una temporada sin noticias. No venía la mensualidad, ni cartas que inquiriesen sobre la vida del *guachito*.

El hombre de la ciudad, cuando tenía algún contratiempo sentimental dirigía uno y otro mensaje

a la curandera, para recoger noticias de la vida de Pantaleón.

La curandera entonces se hacía leer las cartas y encargaba al muchacho que le llevaba los libros al pulpero, la contestación.

Ahora, un vecino, chacarero gallego, era el encargado de descifrar los mensajes del hombre de la ciudad a quien servía la Felipa.

Panta llegóse hasta la pulpería en busca de la carta. Como era día de pago la casa rebosaba de gente. Algunos alcoholizados vociferaban. Un hombre que viniese por el camino podía enterarse, desde lejos, del ambiente reinante en la casa. Con observar los saltos y los cabezazos al aire que daban, bufando, los redomones atados en los palenques, podía suponer que los animales *arisqueaban* por cada oleada de alegría borracha volcada del mostrador.

Para colmo había un corredor de géneros y de ropa hecha, desfachatado y alegre, que jaraneaba hablando hasta por los codos.

Al principio, desconfiados, los parroquianos guardaban una prudente distancia. Pero cuando el forastero les enseñó unas tarjetas postales que traía consigo, todos le rodearon llenos de curiosidad.

El corredor les refregó por las narices las tarjetas.

—*¡Bárbaro!... ¡Qué bicho cochino!* —exclamaba uno. Y otro, en interjecciones pintorescas, vociferaba:

—*¡Joi Dió! ¡Mirá, mirá! ¡Macaco loco!*

—*¡La pucha!* —intervenía un tercero, con una de las postales entre las manos rugosas y fuertes.

El ancho círculo fue estrechándose alrededor del forastero. El hombre sonreía, satisfecho. Había despertado la alegre curiosidad de los trabajadores del campo, habitualmente tan ensimismados y tristes.

Fue sacando de su maleta, una a una, postales amorosas, ridículas y caricaturescas.

Había en ellas una mezcla indecible de ingenuidad y pornografía. Mujeres un tanto desnudas; animales desfigurados; centauros ridículos; y hombres con largas orejas de burros.

En todas ellas el papel de la mujer era denigrante, como si el autor de aquellas caricaturas absurdas y grotescas se hubiese propuesto provocar la risa, ridiculizando a la hembra. Y no era otra la causa de aquel regocijo que la de ver al varón triunfante y a la mujer humillada. En todas ellas, encima estaba el hombre, ya jineteando a la compañera horquetado como en un potro, ya castigándola en lugar indecoroso.

En la colección había, no obstante, dos estampas de excepción. Pintaban una escena a la luz de la luna. El, un pueblero elegantemente vestido. Ella, una mujer rubia, con los cabellos sueltos. Alzaba los brazos hasta los hombros del enamorado, quien bajaba la cabeza para alcanzar con su boca los labios que se ofrecían.

Panta retuvo la postal de los enamorados entre sus manos sucias. Un fino sentimiento de amor nubló sus ojos, acelerando los latidos de su corazón. Al verle ensimismado, el pulpero le gritó desde el mostrador, con la carta en la mano:

—*¡A ver, ché guacho bobalicón, cerrá la boca y yevale esto a la médica! ¡Qué tanta pamplina! ¡Vamos!*

La postal desapareció de sus manos, como uno de esos pájaros ariscos del monte, que se defienden hasta conseguir la libertad. Panta miró las manos de varios del grupo y en ninguna de ellas halló la postal desaparecida. Con la carta en las manos, caminando a paso de buey remolón, salió del local.

Se detuvo en el umbral. Quería recordar lo que había visto y no le era posible reconstruir nítidamente la escena contemplada. Imaginaba torpemente. Rebuscaba en la cabeza los pedazos dispersos de aquella visión incompleta, como si le hubiesen dado una estampa hecha pedazos. Por momentos le parecía fácil reconstruir la deliciosa postal, pero al fin le faltaba algo, un pequeño detalle casi siempre, cuya ausencia venía a echar a perder la visión de conjunto.

De pronto sintió una panopla en un hombro. Se posaba en él empujándolo hacia afuera. Sus pasos se hicieron lerdos y enmudecieron sus labios. El silbido, que siempre le acompañaba, se había entrado en él, como un pájaro corrido por la tormenta.

Al cruzar entre los caballos, que en los palenques aguardaban el retorno, acarició las ancas de las bestias que él sabía mansas, dejando caer su mano por la cerda cepillada de las colas. Enderezó al callejón, el cual parecía empedrado con adoquines desiguales. Una tropa de novillos había cruzado la noche anterior, después de dos días de lluvia persistente. El sol ardiente de enero secó muy pronto el barro, y las pisadas de la tropa, que había acribillado el suelo con sus pezuñas, dejaron en él puntas afiladas como bayonetas.

Como era domingo y día de pago, los peones de "El Fondo" y "El Rincón" concurrían alegres a lo de don Ramón a cobrar sus jornales. El pulpero, la semana anterior, había bajado al pueblo en busca de dinero. Algunos estancieros depositaban en la pulpería las sumas correspondientes a los jornales, para favorecer a don Ramón...

En esa forma los primeros gastos se efectuaban en su casa pudiendo asimismo cobrar los adelantos y *fiaus*...

Panta vio venir un desvencijado carretón, techado con una arqueada chapa de zinc. Rodaba al

paso lento y lastimoso de un lerdo burro barroso. El rechinar de las resecas ruedas y la queja áspera del techo de zinc destartalado, llenaban el callejón de ridículos lamentos de cosa vieja. El burro pisaba con cuidado, defendiendo sus vasos *despiaus*, en el terreno endurecido.

Sin duda alguna se trataba de un forastero, pues nadie se atrevió a opinar al verle acercarse.

Don Ramón, ocupado más que en el pago en el cobro de los adelantos y de las cuentitas de *fiaus*, le tenía sin cuidado el forastero, con su jardinera destartalada. Su mujer aventuró un parecer:

—*Pa mí que e un turco bolichero*...

Pero se equivocaban los que hablaron y los que suponían para su caletre. El forastero traía consigo una novedad para las gentes.

Entre las dos ruedas de aquella jardinera desconchada, balanceábase una jaula con un gallo de riña, colorado y sin cresta, y tres patitos de bañado. El gallo ejercitaba de cuando en cuando su pico audaz y fiero sobre las inocentes molleras de los patos.

A unos diez pasos de la enramada el conductor hizo detener el burro. Una cara rencorosa y seria, *de china e pocas pulgas,* se asomó por la parte delantera.

—*Aquí no más, Pedro* —dijo.

El hombre bajó. Era de escasa estatura y le faltaban los dedos pulgares de ambas manos.

—*¿Tá caliente la plancha?* —preguntó.

—*Sí; aura acercate y deciles que trais pasteles.*

Cuando el hombre hubo asegurado al *muchacho*, para no cansar tanto al burro, caminó hasta la pulpería.

En la enramada tuvo que saludar, sombrero en mano, al paisanaje.

—*Si gustan, traimos pasteles en la jardinera*...

Panta, que curioseaba, lanzó una imprudente risotada.

—*¡No te riyás mula!* —le dijo por lo bajo el que estaba a su lado—. *¡Que Dios te va a castigar!...*

Se reían y hablaban de las manos mutiladas del pastelero.

—*¿Y, ese gayo, don?* —saltó un curioso.

—*Un gayito e riña; lo yevo pa cría...*

—*¿No pelea, don?*

—*En ocasiones desplumó a varios... aura anda medio apestau, ¿sabe?*

—*Parece e raza* —sentenció uno que miraba atentamente sin escuchar.

Y la curiosidad llevó al preguntón y a sus compañeros hasta la jardinera.

La cara de la mujer volvió a asomarse, pero por la parte trasera del carro. Los peones pudieron ver el interior. Unas mantas en desorden, un poncho, un encerado; y cerca de los pies de la mujer, una canasta con pasteles. En el medio, una jaula. Descansaba sobre una chapa de acero. La chapa cerraba una caja de latón, rectangular, como una pequeña cocina económica.

Mientras comían los primeros pasteles calientes, el curioso volvió a preguntar:

—*¿Y eso, pa qué lo trae vacío?*

Referíase a la jaula, asentada sobre la caja rectangular.

Pedro se apresuró a explicar, pues era ése su deseo.

—*Es pa hacer bailar los patos... En ocasiones bailan lindo.*

Los seis paisanos que le escuchaban largaron una tremenda risotada al mismo tiempo.

—*Riyéndose de su inorancia pué...* —terció la mujer— *los patitos bailan, si señore...* Y, dirigiéndose a su compañero, continuó:

—*¡Jugale algo, pué; desafíalo para que no sean porfiaus!...*

—*Nos quieren cazar de gansos... ¡Qué van a bailar!...* —objetó uno.

—*Anda largando un rial y verás...* —desafió Pedro.

—*¡Macanas!... Asigún usted los patos son cristianos* —protesó el curioso en la duda.

—*¡Largá un rial, largá un rial!...*

—*¡Pucha que no; te lo juego, porquería!*

El preguntón metió la mano en el bolsillo de la bombacha y extrajo un pañuelo. Desató un *ñudo* con los dientes y dejó caer, en los cuatro dedos de la diestra del forastero, dos monedas de cobre.

El hombre se agachó, abrió la jaula, metió la mano y, entre sus dedos en gancho, atrapó por las patas al palmípedo menos arisco.

Levantó, ya encima de la jardinera, la tapa de la extraña jaula guiñando al mismo tiempo, un ojo a la mujer.

Antes de introducir el pato, volvió a desafiar:

—*Y, ¿no hay otro guapo que quiera jugar?*

La mujer sacó un plato de entre las mantas y sonaron tres o cuatro monedas más.

El pato, al caer, abrió las alas y comenzó a caminar levantando las patas, como si le hubiesen puesto botines que le molestaran. La pastelera extrajo de un cajón del pescante un pequeño acordeón y lo hizo sonar. El pato ya daba saltos y abría el pico como si, afónico, quisiera festejar él mismo sus gracias de animal payaso... Una risotada feliz hizo bufar a un redomón atado a un palenque cercano.

—*¡Y baila no más!... ¡Pero vea!* —exclamó Panta sorprendido.

—*¡Jué pucha, pato compadre!...* —gritó, contento y satisfecho, uno del grupo.

El pato saltaba, abría las alas ansioso, al parecer, de estar en el aire.

Las risas atrajeron un público mayor. Se disputaban los lugares, por ver el prodigio. El palmípedo caminaba, de un lado para otro, con la cabeza alzada y el pescuezo flaco.

—*¡Piro y hibía sido virdá!* —gritaba un chico. agudizando las palabras con íes de finísimo tono—. *¡Viní Pitrona, viní a vir!... ¡Quí bicho lindo!...*

Se dirigía a una gurisita que, debajo de la jardinera, se contentaba con mirar la jaula con los otros animales, suponiendo lo que sucedía dentro del vehículo.

El dueño de aquel prodigio subió por el lado de las varas, trepándose en el burro y extrajo el patito del extraño tablado.

—*¡Déjelo que siga!* —protestó uno de los espectadores—. *¿No ve que la moza sigue tocando?*

La pastelera, con los ojos tristes, fijos en el impreciso cielo del atardecer, indiferente, seguía arrancándole notas al acordeón.

—*Tá cansau, tá cansau* —argumentaba Pedro, observando que el palmípedo hacía cada vez más lenta su danza.

—*Deje de embromar, si al pato le gusta bailar* —insistía el pedigüeño.

—*¿Y los jotros?* —interrogó uno del grupo.

—*Uno anda rengo, el otro es pichón tuavía* —respondió la mujer.

El hombre retiró el patito del singular tablado, acariciándole las alas y las patas con los ocho dedos de las manos.

—*¡Piro qui láspena* —se lamentaba el gurí— *la gurisa no lo vido bailar, señó!*

Pero no hubo forma de convencer a Pedro. Ni ofreciéndole otra vuelta para el plato.

Los más serios, los que menos gracia les había hecho el espectáculo, se retiraban a *tabiar*.

Pasó por fin el plato entre los que quedaban:

¡Un rialito, pal maiz del patito:
un rialito, pal maiz del patito!

Cayeron algunas monedas. La noche venía silenciosa, por el callejón, entrando en los ranchos sigilosamente. Encendía luces en el cielo y en el caserío chato y parduzco. Los peones se alejaban. Unos, al trote; otros, intentando correr carreras.

—*¡Jiiiup! ¡Aura maula! ¡Metele a ese sotreta! ¡Bi-bió-jú-jú!...*

Cada cual a su querencia. Sólo Pedro y la pastelera, que no la tenían, mudos, silenciosos, preparaban la comida. Panta rondaba sin decidirse a marchar. Al hacer el recuento de las monedas, el hombre recriminó la negligencia de su compañera:

—*Te dije que calentases bien la plancha. Al final, el patito ya no sentía el calor. Si la calentás como te dije, hacemo bailar hasta el gayo...*

Panta escuchaba el diálogo parapetado tras de una empalizada de paja. Se le abrieron los ojos asombrados. Era un mundo nuevo, de farsa y de inteligencia, aparecido repentinamente como una luz radiante y enceguecedora ante sus ojos. Se le presentaron, tal cual eran, los misterios que oprimían su corazón salvaje. Deshízose el nudo de sombras de su ignorancia, en el que se entrelazaban las artimañas de la médica, el olor extraño y dañino de los yuyos, y las nocturnas visitas al rancho de la Felipa. Se abrió de golpe una puerta oscura dejando entrar la luz en su entendimiento. Las postales contempladas y aquella revelación, llenaban su cabeza de brillantes imágenes. Sintió la dicha del descubrimiento, de saber algo nuevo, de haber escuchado un secreto que lo hacía más hombre.

Ya entrada la noche, llegó al rancho, donde la médica le aguardaba con el chacarero. Este era quien debía leer la misiva del hombre de la ciudad.

Silenciosos ambos, el extranjero en cuclillas y la Felipa en su banco de ceibo, se iluminaban de vez en vez, con el fuego animado por las ráfagas de aire, que llegaban cansadas —como en tropillas lentas— del campo desolado.

* * *

El gallego conversó largo rato con la médica. Una inocente complicidad había hecho del gallego de "La Chacra Vieja" un amigo y consejo fiel de la Felipa.

El chacarero, con su imaginación, se había creado para sí un sujeto muy de su agrado para personificar al hombre de la ciudad. Adueñado ya de su personaje, opinaba sobre él y sobre la forma de contestar la carta que tenía en las manos.

—*De seguro va a mandar plata... Andaba loco por el muchacho...*

Las palabras de la médica terminaron por convencerlo. Debían escribir esa misma noche.

Trajo papel, tinta violeta y un lapicero amarillo largo y *nuevecito.*

El candil fue puesto frente a la hoja de papel convenientemente estirada sobre la mesa.

La médica, en pie, masticaba nerviosamente unos yuyos. El hombre tomó el lapicero, introduciéndolo en el tintero hasta cubrir de tinta toda la pluma y ensuciarse las uñas. Luego miró a la curandera con los ojos secos.

—*Y güeno, amigo, dele no má...*

—*Vamos; ¡y el nombre mujer! ¡Hay que poner el nombre ante todo..., ¿me entiende?*

Algo doctoral, el chacarero miraba a la médica sin embarazo de ninguna especie.

—*Güeno, el nombre e Alejandro... Un Alejandro como el de la tienda e la estación.*

—*Pero mujer, escuche usté, el tenderu no se llama Alejandru...*

—*Pue no, digo el otro nombre* —e hizo una pausa para reponerse y reflexionar—: *el apelativo e Alejandro... el... el otro...*

—*¡Hombre, el apellido querrá usté decir!...*

—*¡Eso, canejo!, el apeyido, igual que el del tendero...*

—*¡Ah! ¡Ah! Pérez, ¿no? Pérez...*

Y el chacarero miró la pluma una vez más, como quien contempla un arma antes de disparar. Apuntó, en seguida la clavó sobre el papel y escribió, después de mover la mano nerviosamente como limpiando la plana:

Alejandro Pérez.

Y a continuación, calculando el espacio como si buscase un buen lugarcito en un surco de su chacra, para enterrar alguna de esas hortalizas excepcionales que le mandaban del pueblo con recomendación, agregó sin decir una palabra:

Señor Alejandro:

La médica, impaciente, no había dejado transcurrir ni un par de minutos cuando dijo, temiendo que el chacarero se olvidase de escribirlo:

—*Que mande plata pa ropa del muchacho...*

El hombre calculaba otro espacio; pero al fin, temeroso de perder la plana, se decidió por seguir a continuación.

Por la presente deseo hacerle saber a Ud.

Toda vez que el chacarero levantaba la mano a la médica le venían ganas de decirle: *Basta e política canejo, ya alcanza, pa qué dar tanta güelta como sebo e tripa...* Pero no se animaba... ¿Quién

iba a escribir entonces la carta de respuesta? ¿Cómo iba a conseguir que le mandasen dinero?

Al día siguiente, al pasar el correo por el callejón, fue llamado a gritos por la curandera. Era un acontecimiento que ésta tuviese algo para entregar a la estafeta.

El hombre de la ciudad, habíase asomado con aquella carta, una vez más a la vida campesina. Una tristeza irreparable había hecho escribir la carta de marras. La historia es bien sencilla: Una madrugada, al volver de la casa de un amigo, después de haber velado a la querida de éste, abrió un cajón de su escritorio, recorrió uno por uno los sobres que en él había, cartas, cintas, retratos viejos, descoloridos; flores marchitas... Y, se puso a escribir, emocionado.

Una soledad enorme pesaba en su corazón. Para reconstruir su vida era tarde. Como una salvación, escribió en demanda de Panta. En sus días de dicha egoísta, siempre lo había olvidado.

Con aquella mujer, que había visto rodeada de cirios en su negro cajón de muerte, se iba para siempre su terrible pasado. Ella era la madre de "Panta el guacho"... Y el hombre recurrió a lo mejor de su vida... Era una cosa triste, lamentable, abandonada a los cuatro vientos de la miseria campesina.

6

Al día siguiente, cuando María fue a hacer una nueva visita a la curandera, halló a ésta en el *Paso*. Costeando el monte iba la Felipa con una bolsa a cuestas repleta de cascarones de molle y yuyos medicinales.

Bica y la Pirucha —así llamábase la menor de las guachitas— salieron de entre el ramaje seco, al

ruido de las ruedas del sulky entre las piedras sueltas del *Paso.*

—*¿Ande vas, hija?* —la interpeló de lejos la curandera.

—*Pará aquí no más... Apiate. Venís temprano...*

La mujer se explicó. Habíase adelantado porque venía sola y debía regresar antes de entrado el sol, agregando:

—*Igo yo, si la Redusinda no tuviese ese trabajo de los quesos que no la deja ni respirar, igo yo, eya me hubiese acompañado.*

—*Güeno, bajate* —díjole la curandera, ya a pocos pasos del sulky—. *Encontré un higuerón machazo, bajate...*

María vio a Panta que salía del monte, en su cabalgadura. Bajó del sulky. La curandera caminó entonces hacia los árboles en busca del higuerón. La *ojiada* seguía sus pasos como si una fuerza oculta le hiciera huir del muchacho que se acercaba.

Limitando el monte, un higuerón abría al cielo los innumerables brazos de sus ramas torcidas. Junto al árbol, la curandera dióse vuelta y le gritó a Panta que caminaba hacia ellas, silbando:

—*Acercate, Panta; trai el cuchiyo.*

Panta corrió, y, a dos pasos de la curandera, con el cuchillo en la mano, seguía silbando.

—*¡Pero cayate, cristiano cargoso!*

María se acercó al árbol. La curandera la hizo colocar de espaldas al sol. Tomóle la pierna izquierda, por el tobillo, desnudó su pie huesudo y feo, y con un cuidado propio de manos viejas, como si temiese herirlo con sus uñas largas, lo colocó pegado al tronco del higuerón. La mujer tenía que hacer equilibrios, pues no se atrevía a posar su mano sobre el hombro de Panta, que ya estaba agachado a sus pies.

—*¡Acercate Bica, conejo! ¡Gurisas de porquería, no sirven pa nada!* Y, dirigiéndose a María, dijo la curandera:

—*Asegurate, mujer; temblás como una cordera. ¡No tengás miedo!*

Panta sacó el cuchillo de entre las raíces del higuerón y, como se lo había enseñado su madrastra en casos de "quebraduras", hizo correr la punta del instrumento filoso, alrededor del pie. El pulso le temblaba ante la posibilidad y el peligro de herirla.

—*Seguí, canejo; seguí cortando, ¡apretá juerte!*

Al momento quedó trazado en la corteza del árbol un pequeño rectángulo cuyo perímetro Panta se empeñaba en ahondarlo con la punta del cuchillo.

María metió el pie en la bota, calzándoselo sin dificultad.

—*Cuando la cáscara caiga arrugaita, vas a tener lo que ambicionás... Aura tenés que tomar la cosa del frasco que te preparé...*

La *ojiada* caminó hasta el sulky. Tras suyo, iba la curandera entre rezongo y rezongo. Al llegar al sulky, inquirió sobre el amuleto:

—*¿Lo usas bien prendido a la camisa, mujer? No lo olvidés...*

María articuló un *sí* que la hizo ruborizar. Luego la Felipa quiso saber algo sobre la lucha de Don Nicolás con las hormigas: Si le seguía *dando juerte,* si las *pisaba con los pies,* si se ponía *colorau hasta parecer una vejiga e sangre;* si andaba con *la luna cuando el animalito se le ganaba en las casas,* y mil y una pregunta más... Apenas eran respondidas por la *ojiada.*

Al fin, María le contó lo del regalo del *brasilero Pereira,* y de lo preocupado que andaba el hombre porque le trajesen del Brasil una caja con hormigas devoradoras.

—*Mirá hijita, por lo que decís, pa mi entender,*

él tiene la culpa e todo... —sentenció la médica—. *Le deben andar las jormigas por la cabeza cuando duerme... Engualichau y con castigo e Dios...*

Como Panta estaba a un paso oyendo el sermón con la boca abierta, deseoso de saber todos los detalles del caso, la Felipa le gritó:

—*Panta, hacé una señalcita, hijo, no vayamo a perder el lugar. Hay que ver si cái el cascarón, pa ver si se cura...*

Cuando la *ojiada* tomó las riendas del sulky, invitó a la médica a subir.

—*No m'hija, a mí no me agarran con las delegencias esas... Yo voy a dir de a pie... Ayá tenés la bebida, Panta te la va dar...* —concluyó maliciosa la Felipa.

Al cruzar el *Paso,* abierto en el monte donde el higuerón se encargaría de aventar el mal de sus entrañas, María dio de beber al caballo. Oyó entonces los gritos lejanos de la curandera:

—*¡Piruuuucha! Bajate de ahí, canejo. ¡Piiiirucha!*

Panta, en su cabalgadura la seguía a pocos pasos. El recuerdo de las estampas avivaba su curiosidad y hacía más alegre el silbido.

En un momento sintió que se transportaba al sulky y reproducía la escena de la postal. Sus ojos se nublaron, turbios en aquel momento de ideas arrobadoras.

7

Al bajar del vehículo, María sintió que el corazón le aleteaba dentro del pecho.

Caminó hasta el cuarto de la curandera en procura del *preparau* para beberlo. Se quitó el pañuelo con el cual resguardaba su cabeza del sol y el polvo del camino. Al mirarse en el espejo, con la cara

abrasada, sintióse avergonzada y vencida. Los pasos de Panta en la cocina tenían el valor de las palabras vejatorias en labios del marido:

—*¡Machorra, inservible, porquería!...*

También él estaba enterado, pensó la *ojiada*. También él sabía de su entraña estéril y seca. Y, como intentando defenderse, pensaba que la culpa era del marido, embrujado con esas implacables ansias de exterminio de las hormigas.

Cuando Panta trajo el primer mate, cuidadosamente cebado, María, con un codo apoyado en el marco de la estrecha ventanuca, miraba el campo poblado de novillos.

Le alcanzó el mate, con un gesto triunfal de la mano.

—*¡Igo yo... pa qué se incomodó, igo yo!...*

Panta no se atrevió a responder. Miró la botella con la bebida que debía ingerir. María y Panta coincidieron ambos en una inteligente e idéntica mirada.

—*¿Lo va a tomar ya?* —se atrevió a preguntar Panta al recibir el mate devuelto.

—*Igo yo... ¿pa qué? Siempre lo mismo, igo yo, ¿pa qué? ¿Pa qué?...*

—*La médica el otro día dijo que la culpa no era suya, sabe, que las hormigas... ¿sabe? Castigo e Dios...*

Y, como María no respondiese, titubeó, se puso a silbar y salió con el mate.

Cuando regresó nuevamente, María se había sentado. Al verla llevar la punta de la bombilla a la boca, a los labios finos cubiertos de un bozo delicadísimo, sintió que las piernas se le aflojaban. Un mareo extraño le obligó a suspender el silbido. María le preguntó:

—*Igo yo, ¿Ud. no toma? ¿Igo yo?...*

—*Sí, en ocasiones tomo, pero cuando lo preparo pa las visitas...*

—*Traiga la pavita, igo yo; traigalá.*

Panta fue a la cocina en busca de la pavita. María, entonces, tuvo miedo de hallarse a solas con un hombre. Pero cuando reflexionó serenamente de que se trataba de Panta "el guacho", del infeliz muchachote que no hacía otra cosa que silbar, se tranquilizó.

Mal sentado en un *petiso* banco de ceibo, Panta comenzó a cebar mate. Las manos le temblaban, como los labios. Quería decir algo, pero al verla tan de cerca no podía hablar. Las palabras parecían enredarse entre sus dientes, como esas hebras de cabellos que a veces quedan en la boca después de los besos en la nuca... Las manos no respondían a su voluntad y el pico de la pavita dejaba caer un chorrito tartamudo en la boca redonda del cimarrón...

María contempló las manos temblorosas y se apiadó de ellas. El silbido de Panta se hacía cada vez más lento y bajo. María sonrió más libre de aquel momento difícil.

—*Igo yo, ¡cómo demora la médica!*

Se puso en pie y caminó hasta la ventana. Miró el campo con una mirada larga y escrutadora. Lejos, entre la novillada, se veían tres puntos negros. Era la curandera y sus dos guachitas.

Panta, al ver la cabeza y el busto de la mujer, enmarcados en la ventana, recordó las postales del forastero. Ella seguía mirando el campo amarillento y el monte lejano.

Se acercó con el mate vacío, silbando muy bajo. María lo tomó y al ver que se había olvidado de llenarlo, rió nerviosamente.

Al contemplar tan de cerca los ojos del muchacho, al mirarle los labios carnosos, temblorosos, como si estuviese a punto de llorar, bajó los ojos vencida por el miedo.

La atmósfera de la pieza, saturada de las diver-

sas fragancias extrañas de los yuyos, le produjo un mareo inefable. Al cruzar por su lado, como ella estaba sentada junto a la ventana, Panta, con el hombro, la cerró de un golpe violento. La repentina e imprevista obscuridad de la pieza, apagó el silbido en los labios del muchacho. La penumbra acarició las carnes temblorosas de ambos. Estiraron a un mismo tiempo las manos, para abrir nuevamente la ventana. Las manos coincidieron en el borde del postigo, junto al pasaporte. Una rendija dejó pasar, en un segundo, un rayo de sol crepuscular. Iluminó los ojos de María y de Panta, pero nuevamente quedaron sumergidos en la obscuridad perfumada de la pieza. Las manos no se separaban del postigo. La una forcejeaba por abrir, la de Panta por cerrar. De pronto se alejaron unidas las manos, como si estuviesen todavía puestas en el postigo.

Cayó una silla. Arrastraron los pies, como si una enorme carga pesase sobre los cuerpos. Un florero, que abría su boca redonda hacia el techo, esperando una flor de trapo, se tambaleó al golpe de los cuerpos en la cómoda. Comenzó en un balanceo de péndulo, para caer después como borracho, de la cómoda al suelo.

Aunque hubiese pasado en aquel momento un tropel de potros por el sonoro callejón de Saucedo, no hubiese podido romper aquel silencio del rancho. La obscuridad ahogaba los ruidos, pesaba sobre las espaldas del hombre, quien hundía su vida en la blancura de las carnes de la mujer.

Cuando abrieron la puerta, entró por ella un encendido dardo de oro. En la enramada, dos horneros habían descubierto un charco borroso y entonaron un dúo salvaje de felicidad...

* * *

Al regresar la curandera, halló el rancho desierto. El sol se había puesto. Sobre la cómoda, la botella de la bebida estaba llena, como la había dejado al ausentarse.

—*Tá güeno, tá güeno* —dijo sonriendo y, arrastrando las sucias y viejas chancletas salió para la cocina.

Comenzaban los bichitos de luz a pasear por el aire sus fantasías. En el fogón chisporroteaba un fuego vivo, de leña verde. En un rancho cercano, la voz del acordeón abría la noche con su música.

Cruzó el ancho callejón del miserable rancherío un jinete, alzando una bandada de teros. Un grillo, en la enramada del barril del agua, había comenzado a arrastrar, en el silencio de la noche, su diminuta cuenta de cristal.

Y, el callejón que conduce al norte, al Brasil, como una de las siniestras fauces de la noche, se tragó la figura sigilosa y llena de miedo de Panta el guacho...

Al amanecer, había vadeado el río Arapey, siempre en dirección al norte, imaginando una persecución que le mordía los talones.

8

Nicolás aproximó el sulky a la carreta del asturiano. Entre las ruedas —el carrero y un *gurí*— intentaban, al parecer, esconderse de los viandantes. El asturiano había acampado al "caer el paso", disponiendo su cruce para la mañana siguiente. Pero Nicolás Acunha tenía la santa intención de hacerlo marchar esa noche, *cosa que estea* —decía—, a la mañana en la Estación Palomas, para cargar un material de construcción.

Acunha volvía de pescar. Sin que la médica se

lo hubiese aconsejado, el dueño de "El Fondo" escuchó un diálogo en la estancia que le indujo a pasar una semana pescando. Había oído que *la médica en casos ansina, de embrujamiento,* aconseja *que se áuguen las mugres en agua limpia; que hay que echar al río las enmundicias; que viviendo cerca el arroyo poco a poco la correntada se yeva la mugre del embrujo*... en fin, mil consideraciones que era bueno de tener en cuenta. Y, convencido o no marchó al río con los aparejos.

Volvían en aquella ocasión del Tangarupá, cuando se cruzó con el asturiano.

—*Tengo una changa pa vos, asturiano.*

Entre contento y desconfiado, el carrero *paró la oreja.*

—*Pero hay que arrancar esta noche, no te va a ser mal andar con la fresca* —prosiguió Acunha entrando en materia.

Nada más grato, para aquel carrero asturiano, que las marchas nocturnas. Por un viaje bajo las estrellas —con utilidades, se entiende—, el hombre cambiaba diez changas bajo el sol. El asturiano odiaba el sol americano, *que pica y arde, y no sirve para nada*...

Alto, delgado, de mirar sereno, con unas manos flacas y largas como espátulas y unos hombros puntiagudos como *perchas* caseras, el asturiano se puso en pie cerca del sulky.

Le interesaba el asunto, pues en seguida le gritó al *gurí,* como respuesta al dueño de "El Fondo".

—*Repunta los bueyes, Manolo, y ensilla tu bayito... Presto, muchacho.*

Pocas palabras necesitaban para entenderse. Acunha, que las ahorraba y que inteligentemente comprendió la determinación del carrero, dio las órdenes secamente:

—*Hay que trair el alambre, son cuatro royos;*

los postes, la cal viva, los ladriyos, dos bolsas de fariña y la yerba... Y a la vuelta, cargás la lana que podás.

La hora de la entrada del sol tiene el don de enmudecer a los hombres del campo. Entristece, desanima...

Los más rústicos, al tomar el mate al anochecer, afinan el ademán, tienden el brazo con menos energía, dulcifican el gesto. Hay siempre a esa hora una nostalgia de algo que pudo ser y no fue. Las almas sienten el crepúsculo, como si lo oyesen, como si escuchasen una música entristecedora. Los pájaros también se entristecen y como cantan su pena, los hombres tienen necesariamente que apenarse. Hay siempre una tristeza de ojos abiertos a la perspectiva incomprensible de la pampa. Hay un dolor plácido, que se dulcifica y se hace apasible con un árbol o un arroyuelo...

Tal era la hora que envolvía a los dos hombres. Y, cuando el dueño de "El Fondo" enderezó el sulky *para el lado de las casas,* el carrero se defendía de la tristeza del ambiente, aderezando los arreos y uñendo los bueyes.

La noche parecía haber bajado del cielo, como si la obscuridad hubiese caído desnudando las estrellas y limpiando el cielo de tinieblas. La carreta ya estaba lista para la marcha con sus tres yuntas de bueyes, parejas, de un mismo pelo. El movimiento del carrero se divisaba por la brasa del cigarro encendido, que iluminaba la faz a cada *pitada.*

Grillos y ranas daban vida al cuadro, pero una vida triste, apenas perceptible bajo las estrellas. La obscuridad parecía enredarse en el ramaje tupido y negro del bosque cercano. De lejos se adivinaba la frescura del paso, llegada en la brisa tranquila de la noche. En el bajo, la humedad multiplicaba la

vida de los insectos, que rayaban con su cristal el poquito de obscuridad que reducía sus cuerpos.

La carreta, inmóvil, parecía una choza, y los bueyes, bestias mansas que, enfiladas de dos en fondo regresaban después de haber bebido en la batea del rancho. Solamente cuando la picana del asturiano cayó suavemente sobre el lomo del buey delantero y el ruido de los ejes rompió la tiniebla, el cuadro tomó las apariencias de lo que era en realidad.

Se apagaron todos los ruidos de la noche. A medida que la carreta marchaba, el quejido fue extendiéndose como una cinta blanca que fuese desdoblándose paulatinamente. Prolongado, triste, quejumbroso, con algo de instrumento y de voz humana, con un dolor de vagabundo; con una dulce queja de judío errante; con una tristeza de noche solitaria, una música extraña y penetrante producía la marcha de la carreta. Se diría una caja de música arrastrada bajo las estrellas; un alma penando, llevada a la fuerza hacia un lugar desconocido; un llanto sin dueño y desolado rodando por el camino...

Las ruedas de la carreta eran como dos trompos de música, perezosos, lamentables, que apenas se movían.

Los ejes, preparados de antemano por el carrero, con cuñas de madera, producían al andar una música singular. El asturiano acompañaba aquel lamento, casi siempre repetido, pero nunca cansador, con un cantar de su tierra. No era el áspero chirrido de los ejes resecos... Era una música como llanto, como un violín bajo las estrellas, como dos trompos de música, perezosos y lamentables. El carrero cantaba, acompañándose con la música de las ruedas, que rodaban en la noche.

* * *

La marcha de los bueyes no podía ser más precisa. Más lenta resultaría una nota angustiosa, desgarradora; más veloz sería menos hermosa y no arrullaría tanto. Las bestias se habían habituado a la canción de los ejes en tal forma, que no servían para nada arrastrando otra carreta. Las leguas se hacían sin sentir el cansancio, bajo el cielo nocturno. El carrero asturiano, en su caballo, seguía la lenta marcha deshaciendo su alma dolorida en un canto que era un sollozo y por eso un alivio... Canto de ausencia y de lejanía, salido del corazón lleno de recuerdos...

Su paso, jamás inadvertido, servía para embellecer la hora y dulcificar las almas. Y era apreciado por las gentes del miserable rancherío de Saucedo, como un alma en pena que en las noches desoladas alzaba al cielo su queja en nombre de todos los tristes...

9

El chinerío, engalanado con primor campesino y charro gusto, aguardaba el arribo del padre Cipriano. Las primeras lluvias invernales habían caído la semana anterior y el día de la víspera, una llovizna lenta vino a perturbar la natural alegría de la gente. Pero, como se esperaba, las blasfemias de los mal hablados espantaron el aguacero... Aquellos: *¡Pucha, se nos auga la fiesta!* y *¡Vaya con el tiempito que nos toca en suerte!*, fueron acompañados por un arrojar violento de sal sobre los techos. Había que cortar la lluvia y la Felipa ofreció sus conocimientos infalibles. Algunas madres, que habían llegado a la entrada del sol, con sus crías envueltas en trapos y mantas, y otras con ellos *de a pie* —pues había para cristianar niños de cinco años— se

apresuraron a comprar sal gruesa en el boliche y a puñados, saltando bajo el agua, arrojaron, la noche anterior, la sal que habría de cortar la llovizna. Y, a media noche, el cielo se abrió enseñando su mundo estrellado. Les pareció, a los que velaban aquella multitud de estrellas, granitos de sal.

El día amaneció con un cielo diáfano. Corría un airecillo fresco, reconfortante.

Entre el frotar de manos callosas comenzó a correr el mate amargo, previos buches verdes de los cebadores que vomitaron el agua tibia y amarga de la primer *chupada.*

A las diez, en la cuchilla, apareció la volanta marrón del padre Cipriano. Lentamente se veía venir por el camino. Aquello les tranquilizó, aunque la nerviosidad de las madres y el entono airoso de los padrinos pusiese una nota de inquietud en el ambiente.

Los padrinos vestían con un lujo como prestado. Casi todos con botas charoladas, se entretenían en levantar el caño de sus calzados o acariciar el cinto "gordo" de dineros. De cuando en cuando, una tosecita; de vez en vez, una palabra grave; ora una mirada al ahijado, ora una atención con la comadre futura...

—Compadre Nicolás —se anticipó a nombrar a Acunha una paica robusta con su rollizo varón en los brazos—, compadre: ¿el padre Cipriano es amigo suyo?

Y, don Nicolás contestó que sí, con una gravedad de padre de familia que mucho agradó a la comadre.

Unos ensillaban, otros desensillaban; aquél, entraba en el boliche, no a beber, porque, en homenaje al cura, el bolichero don Ramón no expendía bebidas alcohólicas; otro que se alejaba a sacarse el barro de las botas; éste que se escarbaba los dientes con la

punta del cuchillo; y algunos, callados, cohibidos, porque era la primera vez que iban a presenciar un *acristianamiento,* completaban la multitud varonil. Las mujeres, graves casi todas, apenas si levantaban la vista de sus hijos, limpitos, pero mocosos. Ninguna comparaba el hijo de la vecina con el suyo, abstraída cada cual en la contemplación, con ojos de hembra satisfecha. Los mayorcitos, que irían a la pila bautismal, se abrazaban a las robustas piernas de los padrinos, colgándose de los nudos de las rodillas.

—*Salí gurí, salí... ¡Pucha que están pegajosos estos morrayas!...*

Y, entre coscorrón y caricia, los gurises se alejaban, lloriqueando o riendo.

Don Ramón repartió galletitas de María, estrellitas, roscas y dio término a una partida de maní apolillado que guardaba desde hacía lo menos un par de lustros...

La enramada parecía una sala, avivada de colores, chispeante de charol y plateadas empuñaduras de cuchillos... Estaba prohibida la música, por profana, así que un silencio respetuoso —campesino y bestial a un mismo tiempo— aguardaba el arribo del padre Cipriano. Este, al llegar a los primeros ranchos de Saucedo, bajó de su carromato seguido de un curita —pálido y picado por los mosquitos— y de un monaguillo retacón y fuerte. Fue bendiciendo las puertas de los ranchos y arrastrando cardo y ramitas secas con su sotana. De cada puerta salía una cara, o dos, o tres, sucias, curiosas, que aguardaban el paso del padre Cipriano. Las guarecidas en los ranchos eran aquellas que, por su indumentaria miserable, no podían concurrir al acto. Mujeres en camisa, rapazuelos desnudos y viejos cubiertos apenas con una camiseta agujereada, en calzoncillos de colores vivos. Al divisar cada puerta, desde lejos, el cura hacía la

señal de la cruz, sahumando el aire campesino con el santo aroma de su bendición.

Un recogimiento profundo había en aquel momento. Al paso del padre Cipriano, todos solicitaban su bendición.

Aquella entrada al pueblo, él sabía calificarla en su fuero interno. Aunque no era muy amigo de "prosopopeyas y pompas", comprendió, no obstante, que era "triunfal" su paso.

Al acercarse a la enramada donde le aguardaban los fieles campesinos, una porretada de gurises se lanzó al encuentro del padre Cipriano. Balbuceaban todos, entre el ladrido frenético de los perros.

—¡Una medayita padre, una medayita, con la Virgen!

Y, pródigo y alegre, el padre Cipriano repartió algunas medallitas sonriendo beatíficamente y haciendo la señal de la cruz sobre las cabezas infantiles.

Don Nicolás Acunha, que había venido expresamente para salir de padrino, alimentaba la esperanza de poder comunicar al cura que lo irían a ver al pueblo, él, su mujer y... entendido, para fines de primavera.

—¡Muy bien, amigo Nicolás; ya puede estar satisfecho! Y reía hasta con la lustrosa sotana, para captarse la simpatía de la grey.

Nicolás hubiese deseado que su confidencia volase a los cuatro vientos... María, infaltable para las ceremonias del cristianamiento, en otras oportunidades, esta vez se había quedado en casa. La gente, conocedora de las razones que la retenían en "El Fondo", no preguntaba. Y el silencio aquel molestaba a Nicolás.

Mala cara puso el padre Cipriano al ver la intromisión de la Felipa. Y desconfianza recíproca nació en la curandera, la cual iba de un lado para otro,

arrastrando unas chancletas nuevas, que estrenaba en tan singular oportunidad.

Comenzó a ordenarse el núcleo y cada madre —pasaban de veinte— andaba con su cría, defendiendo sordamente sus derechos.

Apenas se dieron cuenta las restantes, cuando dio comienzo el acto del bautismo, iniciado con el ahijado de Acunha, un hijo de un puestero de los Silva.

Silencio profundo reinó en el ambiente. El padre Cipriano reclamaba atención, para que los subsiguientes padrinos supiesen el lugar que debían ocupar cerca de la pila, sostenida por el curita pálido y picado por los mosquitos y por el monaguillo retacón.

Bajo la enramada, las palabras del padre Cipriano sonaban como el ronquido de un mangangá, inclemente con el silencio. Decía una y otra vez las palabras del caso, bajo las miradas de los concurrentes que no perdían de vista ningún movimiento de los que el cura llevaba a cabo para quitarse y dar vuelta aquella franja roja y oro sobre los hombros.

Al cabo de una hora larga, a veces interrumpida por el salvaje dúo de los horneros, y otras, traspasada por el rabioso ladrido de los perros, el padre Cipriano cumplió con su conciencia. Todos estaban conformes, porque, sin excepción, el padre Cipriano deseó a cada uno de los infantes mucha salud, rematando su labor con una frasecita que no varió en lo más mínimo:

—¡Que se críe sanito! ¿eh?

Hubo mucho llanto de niño asustado, pero aquello, en lugar de preocupar, agradaba. Según la Felipa, si lloraban tanto en el cristianamiento era señal de que iban a vivir muchos años...

Nicolás estaba convencido —pero no lo decía, ni pensaba contarlo a nadie— de que su futuro vástago iba a llorar en el trance como ningún otro.

Y, aquella noche, al regresar a la estancia, encontró a su mujer dormida, con los párpados irritados de tanto llorar.

Encendió un candil. La miró un buen rato con lágrimas en los ojos... Hasta que uno de los lagrimones rodó por sus mejillas, cayendo sobre el lienzo que cubría el abultado vientre de la mujer.

Suspirando, lloriqueando como un niño, con pena y alegría a un mismo tiempo, Nicolás salió tambaleando de su pieza, con el candil en la mano.

Lamió los muros su sombra exagerada, fantástica y temblorosa. Ya en el umbral, sólo quedaba en la habitación su sombra enorme, estampada en la pared y quebrada en el lecho. Apagó la luz de un soplido y se fue a dormir en un catre pelado, para no turbar en lo más mínimo el sueño de la embarazada... Ella ocupaba todo el lecho, con los brazos abiertos, formando una cruz con su cuerpo.

10

Astroso, mugriento, enflaquecido y triste, Panta había pasado un año y seis meses entre contrabandistas de tabaco y caninha. Un año y seis meses, comiendo a veces y durmiendo entre pajonales.

Comenzó a trabajar con los contrabandistas sin saber quiénes eran. Cuando supo el peligro, no tuvo más remedio que permanecer escondido en los montes, para no caer en manos de los policías guardafronteras.

Lo que le hacía peligrar su trabajo era su afición *al chiflido*. Panta veía una cañada pintoresca en los amaneceres y sentía ganas de silbar, al ver el agua correr entre las piedras. Y, nada más comprometedor que su manía de silbar en la selva, donde retumbaban las voces con ecos interminables, como

si corriesen dando saltos por los matorrales y los huecos.

Con la noticia de que pasarían la frontera en esos días, Panta abrió su corazón al recuerdo. Y, entre miedos y sombras, entre ideas arrobadoras y pensamientos hostiles, recordó la última tarde de Saucedo. Quería volver para encontrar a la *ojiada*.

Arrodillado, silbando, con la cabeza gacha y los lacios cabellos caídos sobre la frente, Panta iba echando, una a una, negras hormigas en una lata preparada de antemano. La abría con sigilo y, cautelosamente, la cerraba una vez introducido el insecto en la caja. Sus precauciones de cazador experto eran mofa de quienes le veían.

Se había colocado conveniente a tres cuartas del hormiguero de las cuyabanas. Temía alborotarlo y provocar el avance defensivo de sus habitantes. Se limitaba a tomar las hormigas con el pulgar y el índice, cuando salían o entraban en la cueva. El camino viboreante y sinuoso del hormiguero, se internaba en una chacra cercana. Las cuyabanas operaban, para enriquecer su cosecha, en las plantaciones de maíz dulce. De allí había arrancado Panta un grueso y jugoso tronco de caña que, colocado en la lata, serviría para alimento de sus prisioneras.

A la caída del sol, debían ponerse en marcha los contrabandistas. Mezcladas con las cajas de tabaco del contrabando, pasaría la lata con las hormigas.

Aquella vez los contrabandistas se jugaban una importante carta. Intentaban pasar un contrabando, recurriendo a una treta curiosa, de práctica fácil, aunque peligrosa.

Habían hecho correr días antes la noticia de que venía, desde muy adentro de la provincia de Río Grande, un fúnebre cargamento. Y era él, un cajón conteniendo los restos mortales de un sujeto, a quien

reclamaban sus deudos para enterrarlo en suelo uruguayo.

Ya la noticia era por todos conocida. Se sabía el nombre del finado, a quien traían en una carreta, encajonado en un rústico ataúd. Era don Servando Núñez. La gente afirmaba haberle conocido y más de uno recordaba que, en cierta oportunidad, don Servando había cruzado por la picada, con una larga tropa de novillos.

—*Sí, era un estanciero muy rico... Creo que dejó testamento y pidió que lo enterrasen en tierra uruguaya* —dijo uno considerando que su conocimiento e ilustración en el asunto le daba cierta ventaja sobre los demás—. *Era un buen paisano...* —concluyó dándoselas de conocedor de gente rica...

Por aquellas tierras, el conocer a un mayor número de personas era objeto de orgullo y de superioridad. Ignorarlo, significaba declararse tonto o poco *conocedor*. De ahí que otro agregase, dudando, pero enriqueciendo el conocimiento de la paisanada que le escuchaba:

—*Yo tengo entendido que el finau fue medio caudiyo en tiempo e Aparicio...*

El nuevo dato fue aprobado al momento. Un viejo, castrador de oficio, en seguida sentenció:

—*La pucha, si e don Servando el de la cuchiya, hay que presentarle armas... Hombre guapo era don Servando... ¡Y si le habré capau potrillos!*

No cabían dudas. Los restos mortales que pasarían por la picada eran los de don Servando Núñez, estanciero rico, caudillo en tiempos de Aparicio Saravia, quien en vida había rogado se le diese sepultura en tierra oriental.

Se dijo más tarde que venía un hijo del finado cuidando el ataúd.

A las cinco de la tarde, se vio bajar por la ladera, envuelto en una nube de polvo, por el viejo calle-

jón que conduce a la picada desde la cercana población de *Cerro Preto,* el fúnebre cargamento.

En una jardinera, cubierto por una manta negra, venía el ataúd de grandes proporciones. Dos hombres en el pescante —uno de ellos enlutado— conducían, turnándose, las tres bestias que arrastraban el vehículo.

El hombre enlutado, flaco, de gran estatura, cabello largo y barba escasa, gastaba golilla negra y negra camisa tableada.

Venían ambos silenciosos, fumando, cabizbajos y solapadamente tristes.

El Largo, que así se apodaba el enlutado de barba escasa, con un pucho de chala en los labios resecos, articuló algunas palabras difíciles de entender. El compañero, un tal Fagundes, de labios leporinos y mirar provocador, le miró aquella vez sin mayor curiosidad... Conocía la vieja costumbre de *El Largo,* de blasfemar sin ton ni son, cada vez que le venía a la memoria el recuerdo de algún momento desagradable. Pero *El Largo* repitió la frase, en rezongo:

—*Está floja la barriguera, ¿no la ves?*

El arreo andaba mal y aquello preocupaba a *El Largo.*

—*No importa* —contestó el compañero secamente; y, de inmediato, suavizando la respuesta, agregó:

—*En la comisaría la voy a acortar un poco...*

Y siguieron viaje silenciosos, sacudidos por el traqueteo.

A media cuadra de la comisaría, la jardinera hizo un alto. Bajaron los dos hombres. *El Largo* miró los caballos, como si con su mirada les ayudase a descansar. Y mientras el de labios leporinos arreglaba la barriguera del animal de *entre varas,* el enlutado, lentamente, sacudiéndose la ropa, llegó a la puerta de la comisaría. En un banco halló sentado a un milico de raída y polvorienta casaca azul, sin

botones. A la sombra de un raquítico paraíso, el enlutado entabló conversación.

Conducido ante el comisario brasileño, no había el forastero abierto la boca, cuando el funcionario le dijo tratando de hablar español:

—*¿O sinhor e filhio de Servando Núñez?... ¿Ee así?...*

—*Sí, comisario, y quiero un permiso pa pasar al otro lado* —respondió con firmeza el supuesto deudo.

No había inconvenientes. Ya los guardias de la orilla brasileña estaban enterados y no pondrían ninguna dificultad.

El comisario salió con el supuesto Núñez, tomándolo el brazo hasta la puerta.

Aquel gesto amical del comisario valía lo que el pésame no formulado.

Apenas bajaron la vereda de la comisaría, el funcionario no pudo contener un gesto de repugnancia... Un olor penetrante a podrido venía de la jardinera. El viento fresco que llegaba del monte, en el atardecer, se descomponía con la pestilencia del cadáver.

El comisario, a pesar de su visible desagrado, caminó resueltamente hacia la jardinera. Aguantando el olor se adhería al duelo.

El hijo del finado creyó prudente, como una cortesía, levantar la manta negra que cubría el cajón. Salpicaron las moscas que se habían colado bajo la manta, y apareció el rústico ataúd, a la vista del comisario.

—*¿Homme de edade?* —preguntó el comisario para desembarazarse del momento y romper aquel hediondo silencio.

—*Iba para los ochenta...*

Después de un corto silencio, se despidieron. La jardinera partió, rumbo a las puntas del río Cuareim. Allí el cauce ofrece picadas, vados estrechos y pla-

yos, donde es fácil cruzar sin necesidad de recurrir a las chalanas o los botes. El agua escasa no alcanza a cubrir las rodillas de los caballos.

La *Picada del Contrabando* proporciona un paso fácil, con apropiado desmonte y sin pantanos.

Los contrabandistas habíanla elegido para pasar el cajón, prefiriendo ésta a la de Alves, porque a media legua escasa de allí se levanta el *Cerro de la Sepultura,* cercano al arroyo del mismo nombre. Y, en la ladera del cerro, hay un cementerio, en donde debían dar descanso a los restos de don Servando, en plena descomposición.

Cuando se internaron en el monte, apareció Panta a caballo, silbando. Había cortado camino y desde antes de mediodía merodeaba por la *Picada del Contrabando.*

Por un negro que había pasado a las dos de la tarde, supo Panta que en la costa uruguaya, se tenía conocimiento de la llegada de los restos de don Servando Núñez.

Cuando Panta vio venir a los dos hombres con el cajón a cuestas en una angarilla preparada con maneadores y dos palos del monte, dejó de silbar y le vinieron unas ganas enormes de tirarse en el suelo y reír a sus anchas.

Los dos hombres habían puesto caras de circunstancias. Tan imponente y lúgubre se les presentaba el cuadro en aquel atardecer, que no se atrevían a levantar la cabeza, temerosos de que alguien los estuviese vigilando. Representaban el papel de deudos con todo el rigor que exigía el caso. Estaban de duelo, ante los ojos de los que pudieran sospechar sus intenciones dolosas. Hasta llegó a molestarles el ruido de la corriente en el cauce estrecho de la picada o la estridente gritería de los teros alborotados. Silenciosos, precavidos, mezclando lo grotesco de la

farsa con el miedo de ser descubiertos, cualquier ruido les molestaba.

Panta, mientras tanto, desataba los caballos de la jardinera. La dejarían en el monte hasta el otro día temprano. Uno de los hombres que portaban el cajón regresaba a tierra brasileña.

Para cruzar la picada hicieron grandes esfuerzos. Además de pesado, el cajón despedía un olor insoportable. Dando traspieses, resbalando en el pedregal, tocando con la cabeza las ramas caídas, lastimándose los pies y las piernas, los dos hombres seguían silenciosos, con el cajón a cuestas.

Anochecía, cuando estuvieron libres del monte y en tierra uruguaya.

Los dos hombres se miraron solapadamente. El olor a podrido de la caja, les recordaba más de un velorio o más de un entierro. Pensaban en la muerte con seriedad y así cumplían la farsa del mejor modo. Descansaron en tierra el cajón.

Panta, que había terminado su tarea, cruzó la picada al galope, con un largo silbido en los labios.

Los dos hombres se miraron inteligentemente. El silbido de Panta se repitió en un eco, entre las ramas y las barrancas del río.

Aquel silbido fue como un llamado a la realidad. Uno de los hombres dijo colérico:

—*¡Cayate, sotreta!*

Panta sujetó la cabalgadura. Entre el pastizal, los contrabandistas parecían de menor estatura. El cajón no se veía, escondido entre los pastos.

El galope apresurado de un jinete, rompió el silencio con pájaros del anochecer.

Los dos contrabandistas, dirigieron las miradas hacia el callejón que conduce a la comisaría. Panta dejó de silbar. Y los tres hombres quedáronse mudos, aguardando al que se acercaba. Cuando el jinete

llegó, una ráfaga de aire podrido abofeteóle las narices.

—*Buenas*... —saludó el recién llegado.

Era uno de los guardias, astroso y con cara de hambriento.

—*Buenas*... —respondió *El Largo*, y prosiguió de inmediato: —*Traigo los restos de mi padre*...

El milico se descubrió.

—*Queremos darle sepultura esta noche... están muy descompuestos*...

El policía les dijo entonces:

—*El comisario me manda pa saber si van a seguir viaje con el finau*...

—*Queremos permiso para enterrarlo esta noche; ya lo hemos velau en el Brasil*...

El milico regresó a la comisaría a llevar la noticia. Mientras tanto —lo habían convenido— entre las sombras de la nohe, siguieron por el campo con el cajón, camino del *Cerro de las Sepulturas*. Panta, a varios metros de distancia, seguía al tranco.

El Largo gritó a Panta:

—*Apiate, Panta*...—. Y, dirigiéndose al compañero, continuó: —*Dejá un poco vos, que tenés esa uña encarnada. Dale a Panta*...

Cambiaron. El hombre lastimado rengueó, para justificar aquel relevo y subió en el caballo de Panta.

Cuando se vio encima del animal, recordó que entre los cojinillos debían estar las bolsas para el contrabando. Registró levantando los cueros y encontró las bolsas con gran satisfacción.

* * *

El cortejo seguía lento, entre las sombras, por el campo desierto. El contrabandista de a caballo encendió un cigarro de chala. La brasita encendida, en

los labios, iluminaba de vez en cuando el rostro del hombre. Sólo se oía en la noche el ruido acompasado de las botas del contrabandista enlutado, rozando el pasto crecido. En diversas ocasiones —después de tropezar en una piedra, y luego, al pasar una cañada—, Panta hizo florecer su alma triste en los labios, con un silbido quejumbroso, como el del ñandú con sed. Pero al punto advirtió su imprudencia y enmudeció, sin necesidad de que se lo exigieran.

Cuando iban llegando al cementerio, el que iba a caballo miró para atrás. Un tropel lento, de vacas y terneros, seguía el cortejo por el campo. Con las pupilas centelleantes, las bestias venían azoradas detrás de los hombres, sin levantar el más leve rumor. A veces, el chocar de las pezuñas rompía el ritmo de los pasos, turbulento, como de agua que corre entre piedras. Las tiesas orejas levantadas parecían ojos ciegos que viesen en la obscuridad de la noche. Eran una extraña multitud obscura guardando una prudente distancia, siempre la misma, como si fuesen midiendo con las narices desmesuradamente abiertas, olfateando la ráfaga podrida que dejaba a su paso el cajón.

Los tres hombres silenciosos, mezclaban su audacia de contrabandistas con una gravedad de hombres que cumplen con un rito divino. Y, las bestias, en fúnebre cortejo, seguían olfateando el aire, con los belfos caídos y babosos y con las orejas como escudriñadores de la obscuridad. Las astas, afiladas y corvas, rasgaban la tiniebla arrasando sombras.

Llegaron al alambrado del cementerio... El cajón quedó en tierra, entre los yuyos secos y los cardos que crecen alrededor de los cementerios.

—*¿Vendrá el milico?* —preguntó uno de los hombres.

Panta puso el oído sobre la tierra. No se podía oír nada. Las vacas remolineaban alrededor de los

contrabandistas, alejándose asustadas y en tropel, a cada momento. Luego se acercaban, paso a paso, hasta formar un semicírculo.

Aguardaron un buen rato. *El Largo* preguntó por las bolsas.

Panta las sacó de entre los cojinillos.

El olor a podrido era aun más intenso, en el aire puro de la noche.

Por fin se decidieron y pusieron manos a la obra. Había pasado hora y media y nadie venía. Era necesario salir de aquel atolladero cuanto antes. Al amanecer uno de los contrabandistas debía entregar el contrabando en una pulpería ubicada a dos leguas del cementerio y de aquella zona peligrosa. El otro regresaba con la jardinera y Panta quedaba libre, suelto y *de a pie*, en medio del campo.

Abrieron el cajón. El olor a podrido se intensificó. Arrancaron de un tirón los pedazos de carne que había adentro, adheridos a la madera y los tres rieron burlonamente, satisfechos de haberse mofado de las autoridades con aquella treta. Y, fueron echando en las bolsas, las latas de tabaco que llenaban el cajón.

Panta echó mano a su lata con las hormigas, como si manotease un tesoro.

—*¡Las hormigas!...* —dijo riendo *El Largo,* y el otro recalcó:

—*Contrabando de hormigas... ¡Pucha que sos ganso!*

Panta tomó la caja con cuidado, traíala envuelta en un sucio pañuelo de algodón. Se la metió entre la camisa y el cuerpo y ayudó a llenar las bolsas y a cargarlas en forma de maleta sobre el caballo.

Colocaron la carne podrida dentro del cajón. Luego, lo pasaron por el alambrado y lo metieron dentro del cementerio, abandonándolo entre unas cruces de hierro.

Los tres regresaron hasta el callejón cercano. Volvía con ellos el tropel lento de las vacas y los terneros. *El Largo* tomó por el callejón a la izquierda, a caballo, con el tabaco, camino de una cercana pulpería... Y el otro enderezó hacia la *Picada del Contrabando,* en aquella oportunidad bien llamada así. Panta dejó caer en el bolsillo las monedas que le diera *El Largo,* como pago de su trabajo y caminó hacia el Sur, con un alegre silbido en los labios, libre, bajo el cielo estrellado de una noche templada de diciembre. Mientras andaba, silbando a sus anchas por el callejón que conduce al departamento del Salto, pensaba en los dueños de "El Fondo", en las hormigas, en la curandera, en el higuerón, y en el beso de aquellos labios cubiertos de una acariciadora pelusilla.

Al día siguiente, se cruzó con el milico que recorría las estancias vecinas. Como éste le preguntara por los restos del finau, Panta no titubeó en responder:

—*Los dejamos en el cementerio del cerro...*

Y, para librarse de otra pregunta, se alejó silbando.

A los dos días, era perseguido para llevarlo a declarar a la comisaría del Cerro. Habían hallado el cajón vacío, abandonado sobre la tierra del camposanto.

Panta andaba a pie, silbando con la lata llena de hormigas cuyabanas. No veía la hora de llegar a "El Fondo" para provocar, con su obsequio, la ira de Dios, sobre la vida de Nicolás Acunha. Su inocente mentalidad forjaba el plan de seducción. Precipitaría el dueño de "El Fondo" al mal que el cielo envía a los despiadados. La *ojiada* volvería a ser suya, mientras su marido, bajo los árboles de la quinta, siguiese su lucha implacable y perversa contra los pobres animalitos de Dios.

11

Los tres hermanos de la estancia del "Rincón" tienen fama de solitarios. El mayor, don Pedrito, muerto el jefe de la familia, se hizo cargo de la estancia. Es un hombre alto, de porte varonil, contextura vigorosa, rubio y de ojos celestes, que denuncian su origen sajón.

Lejos, casi en las páginas de la historia patria, se remonta la data de los antepasados del "Rincón". Un buen bebedor, el extranjero que llegó primero a aquellas regiones, había tenido varios hijos con una mujer de su misma raza, todos ellos de marcado temperamento solitario.

Don Pedrito gobierna la estancia con los ojos. Una mirada suya es una orden. Un gesto de amenaza de aquel hombre amarga la vida de sus hermanos, por un mes. Y entonces, no hay casa ni pesca en camaradería... Pero las amenazas del hermano mayor, no alcanzan a contarse con los dedos de una mano, en el curso de un año.

Don Pedrito va al pueblo cercano, a Saucedo, los sábados por la noche. Tiene allí un rancho y en él una china, como una cosa que formase parte del rancho...

Sale del "Rincón" sin decir palabra. Después de la comida se aleja al trotecito de su *crédito*, fumando siempre. Los dos hermanos quedan en las casas, jugando al dominó o releyendo algún libro de la vieja biblioteca del padre. Casi siempre es un libro verde... En la biblioteca del "Rincón" se hallan casi todos los libros con que puede honrar su biblioteca un solterón. Y los hermanos meten en ella sus manos, con recelo, temerosos de hallar entre las hojas, alguna carta dirigida al padre. El menor de ellos halló una vez, entre las páginas de un libro, una fotografía que ruborizó sus mejillas de tardío adolescente...

La noche del sábado, es de lectura y de abandono. Sueñan con la ciudad lejana y dejan pasar por su imaginación los personajes de las novelas que han leído.

Jamás se les cruza por la cabeza la idea de ir a Saucedo por la noche. Se verían allí con el hermano mayor. Mientras él viva, deben respetar sus costumbres y la rigidez de su carácter. Así se defienden de todo mal y de toda tentación que puede hacer rodar por el suelo, la pequeña fortuna legada. Acatan la orden, no formulada, pero sí de tácito criterio, de no pisar Saucedo. Solamente cuando muera el hermano mayor, podrá hacerlo el segundo, dada la jerarquía establecida e imperante en la estancia. El menor de los tres hombres pisa los umbrales de los treinta años...

Cuando Panta, que costeaba el río Arapey —caudaloso y cristalino— entró en el campo del "Rincón", le pareció sentirse en su casa. Se hallaba en mitad del camino a Saucedo, pero a seis leguas aún de "El Fondo". El "Rincón" se divisaba más cercano. Era una arboleda en la cuchilla, a una legua a lo sumo del río.

Panta miraba con ojos absortos el punto que dibujaban los árboles de la lejana estancia de Acunha, escondida en el horizonte. Imaginaba, con los ojos clavados en el horizonte, a María, bajo los naranjos y nísperos de la quinta, con el tarrito de veneno en las manos... Nicolás, el patrón de "El Fondo", en cuclillas, delante de un hormiguero.

Apretó contra su pecho viril la lata con las hormigas y silbó, silbó como sabía hacerlo cuando estaba alegre.

Su marcha se hizo, en seguida, ágil, desenvuelta, saltarina y alegre como un silbido...

Bordeaba un zanjón, cuando divisó la cabeza y

los hombros de un hombre alzándose por sobre el borde de un barranco.

Suspendió, contenido el aliento, su silbido feliz. La cabeza y los hombros del sujeto, estacionado siempre en el mismo lugar, desaparecían de vez en vez, para surgir nuevamente como si el hombre espiase. Pero indudablemente no le espiaba, con la cabeza vuelta hacia la estancia.

La actitud nerviosa del desconocido le hizo pensar en sus cercanos días de contrabandista de tabaco y caninha. El sujeto parecía empeñado en ocultar algo en el borde del barranco.

Rodeó la zanja, y cautelosamente, fuese por un zanjón ubicado perpendicularmente al que se parapetaba el desconocido.

Se asomó en el barranco con el tino y la habilidad adquiridos en sus correrías de contrabandista.

Desde su punto de observación, alcanzó a ver un cuadrúpedo ensillado, con la cabeza baja y las riendas caídas en el pasto seco del zanjón... La sequía había puesto los campos a la miseria. En las zanjas habíanse agotado las vertientes. El sol caía en aquella hora sobre los campos, infundiendo en las personas una modorra sensual y profunda.

Panta inclinó un poco la cabeza y pudo ver el apero del animal, los cojinillos, la carona y, luego, inclinándose más aún, las cerdas de la cola de la bestia, alzadas por una mano, que se apoyaba en la grupa de la cabalgadura.

Los ojos preñados de curiosidad, ante aquel espectáculo incomprensible y por otra parte, parcial, se le abrieron desmesuradamente.

En su cabeza se agolpaban mil y una imágenes parecidas, miles de recuerdos semejantes, con los que buscaba hallar repetición del cuadro contemplado.

¿Qué podía ser aquello?...

Se arrodilló para gatear un tanto y poder divisar la escena en su totalidad. Febriciente, anheloso, a medida que pasaban los segundos sin hallar la explicación del caso inquietábase y su respiración se hacía entrecortada.

Veía la mano del desconocido, agarrando reciamente la cola del cadrúpedo y hundida con fuerza, en la hermosa grupa, redonda y aterciopelada, de la bestia.

De pronto, dióse cuenta que el hombre volcaba sobre el animal todo el peso de su cuerpo. Recostaba la cara en los cojinillos del recado...

Su sombrero rodó por el suelo. El bulto se agi-taba con movimientos desconcertantes. La bestia permanecía inmóvil, con las riendas caídas y la cabeza estirada.

Panta, desde su punto de observación, permanecía atento a todos los movimientos, ansioso de explicarse aquel cuadro tan extraño para él.

El desconocido continuaba en la misma actitud. Apoyaba parte de su abdomen y el amplio pecho en las ancas del manso animal. La bestia parecía portar al hombre muerto, en una marcha estática de leguas no medidas... A Panta le parecía que repentinamente habían crecido las carnes del anca de la bestia, tan adherido estaba el sujeto. Parecía que al cuadrúpedo le hubiesen brotado de los cuartos, dos piernas humanas, las cuales se afirmaban a la tierra con la punta de los pies...

Aquel bulto extraño había perdido, al juntarse el hombre, su forma de cosa de este mundo, transformándose en un monstruo. El cuadro sembró el miedo en las carnes de Panta.

Bajo el cielo límpido, en aquella hora de siesta arrobadora, el desconocido parecía dormitar sobre la bestia.

Panta se echó de bruces. Devorando los movi-

mientos del desconocido, sintió bien pronto que por su carne, el miedo se transformaba en deseos extraños de envidiables momentos.

Poco a poco, fuese explicando el cuadro. Los movimientos del hombre; la quietud del animal; los cabellos caídos sobre el cojinillo del recado; los brazos, laxos, dormidos, pendían como péndulos de las ancas de la bestia... Un deseo seco y terrible, le colocó una nube roja delante de la vista. Apretó contra su pecho la lata con las hormigas y cerró los ojos.

Mientras tanto, el hombre levantó su sombrero, montó en su cabalgadura y se alejó entre el pastizal crecido. El pajonal llegaba hasta cubrirle las piernas.

Panta volvió en sí, cuando oyó el agudo relincho de un potrillo, galopando hacia el camino por donde marchaba en su cabalgadura el desconocido, rumbo al "Rincón"...

* * *

El cielo pesado caía sobre los campos. Un silencio salvaje llenaba los oídos. A tres cuadras estaba el río bordeado de monte, con su fronda marchitada por el sol de aquella siesta que parecía interminable.

Panta, a quien el hambre debilitaba sus fuerzas, levantóse dispuesto a matar una perdiz.

Sedientas, silbando, las perdices alzaban al cielo sus quejas. En los caminitos trazados por las ovejas, es fácil hallarlas en dirección al río.

Panta halló un alambre herrumbrado. Le serviría de instrumento mortífero.

Caminó silencioso, dejándose guiar por el silbido más cercano. Tomó un camino sinuoso y estrecho entre la chirca. Un poco agachado y enderezando el alambre mientras marchaba, seguía tras el silbido de la perdiz sedienta. En un recodo, su oído le dijo que estaba a cuatro pasos de la presa.

Fue arriándola hasta el más próximo descampado. Un claro en la tierra le llenó de alegría. Cuando vio, deteniéndose, que la perdiz, a pasitos indecisos, entraba en el campo ralo, tomó el alambre por un extremo y agachado comenzó a rodearla, revoleándolo lentamente... La perdiz se detuvo, con la cabeza levantada como si intentase mirar más lejos. Silbó, alargando su pescuezo. Panta ya había dado entonces un par de vueltas alrededor de la perdiz, siempre revoleando su alambre.

La perdiz se detuvo. Bajó la cabeza y encogió las patas. Parecía, en aquel momento, un montoncito de bosta. Era señal evidente que intentaba volar. No debía entonces perder tiempo. Panta ya había dado las vueltas suficientes alrededor de la perdiz para marearla... Cuando levantó una vez más la cabeza, el muchacho agitó con violencia el alambre y lo arrojó sobre la presa. Una nubecilla de polvo y los saltitos convulsivos de la perdiz herida. Eso fue todo...

Caminó hacia ella, la tomó por el cuerpo y golpeó en su talón su cabecita desfalleciente. En aquella forma apresuraba la muerte, evitando la agonía lenta que hace pensar en Dios.

Silvando y desplumando al mismo tiempo la perdiz caliente aún, Panta caminó hacia el monte cercano por un caminito sinuoso entre la chirca, internándose luego en los pajonales que rodean el monte.

La extraña visión del hombre aferrado encima de la bestia, había llenado su interior de un deseo implacable. Toda su sangre hervía al recordarlo, y el beso que esperaba darle en la boca a *la machorra* se le cayó de sus labios en una baba de sensualismo.

12

Brillaba el sol sobre el agua, con quebrados rayos de plata, fuego y oro. El resplandor se colaba entre las ramas, como si fuesen las miradas de los ojos del río, que apuñalease el secreto salvaje de la floresta. Las chicharras más audaces, suspendidas en las puntas de las ramas caídas, hacían vibrar con su canto las hojas azotadas por el sol de la siesta. Una que otra nube, retratada por el agua serena de la superficie, daba al río las apariencias de un abismo insondable, como si el cielo se hubiese dado vuelta, abismando los ojos de la tierra. Los pájaros habían enmudecido... Un buey obscuro, metido en el barro hasta la panza, rumiaba la modorra de la hora, sacudiendo la cola, que a veces, se le quedaba encima de las ancas, para caer después como si con ella se desmoronase su resignación de bestia.

Allí estaba, con los ojos fijos en el agua, bebiendo la frescura que se alzaba hasta su morro. Un hilo plateado de baba caía sobre la superficie serena del agua, como si fuese el único de la tela de araña del hastío... Los tábanos sangraban su lomo. El parpadeo lento y poco frecuente de sus grandes ojos mansos, interrumpía el llanto continuo y perenne de su trágica resignación. La cabeza caída, sostenía el yugo del sol, obligándole a volcar el mundo vacío de su entraña de animal sin historia...

Cuando Panta se asomó a la orilla, el vuelo imprevisto de una paloma le hizo cortar un silbido largo, de ñandú sediento, que traía en los labios. La paloma produjo al volar un ruido acompasado, parecido al que suelen hacer las ramas quebradas de los sarandíes, temblando en la corriente impetuosa de las aguas.

Bajó hasta la orilla y se detuvo a cuatro pasos del buey. Una playa de pedregullo suelto y limpio,

le incitó a dejar las sucias alpargatas junto a la lata con las hormigas, y meterse en el agua fresca.

El buey volvió sus ojos hacia el hombre. Ojos piadosos de santo animal.

Panta sintió que los suyos se le enceguecían con el resplandor de las aguas. Los oídos traspasados por el áspero rayar de las chicharras. Agachóse para alzar el agua en sus manos y beber en ellas. Cuando las levantaba unidas, formando un recipiente, tuvo que separarlas, pues un tábano encajaba al mismo tiempo, su dañino aguijón en la nuca del sediento. Dióse un eficaz manotón. Entre sus dedos quedó el cuerpo deshecho del díptero. Un fresco agradable, parecía rodear la punta de fuego de la picadura. Y volvió a bajar la cabeza para beber el agua en sus manos sucias y callosas...

Acosado por los tábanos, buscó la sombra fresca de un viejo molle rugoso y se volcó en tierra como un fardo. La lata con las hormigas estaba arrimada al tronco del árbol, envuelta en un pañuelo colorado. Colocó sobre su cara el roído y polvoriento sombrero, y, por el espacio que dejaba el ala y la curva de las mejillas, con la cabeza apoyada en un tronco carcomido, alcanzaba a ver las puntas bigotudas de sus alpargatas. Y trazó, por encima de su abdomen, una línea, desde sus ojos a la punta de sus pies, para quedarse al momento quieto, inmóvil, idiotizado con la modorra adormecedora y pesada del monte, marchito y vencido por el sol.

El día se iba sigilosamente, como escondiéndose entre los árboles. La luz se escurría por los caminos del monte. Y, con un silencio enorme, llegaban las primeras sombras de la noche, por el Este ya obscurecido. Un olor húmedo y fresco facilitaba la respiración. Derramada la noche por los campos, poco a poco iba dando relieve a las bestias que pastaban en las inmediaciones del río.

La línea del horizonte se marcaba cada vez más, limitada por un cielo fuertemente azulado. Aunque anochecía, era un despertar de alborada para los pájaros, un triste despertar que duraría muy poco.

El camino, a seis cuadras del lugar, abría su tajo en la tierra y parecía trazar también en el cielo otro camino semejante. El paso de un viajero, al trote lento de marcha prolongada, daba un poco de humanidad al cuadro sencillamente salvaje del campo, el cielo y el monte. Las ramas de los árboles, antes caídas sobre el río, parecían ahora abrirse para dejar entrar libremente a las sombras de la noche, que venían derramándose cada vez más negras, desde el naciente. Era triste el saludo de los pájaros, alabando el arribo de la noche. Alguna que otra pareja de palomas cruzaba lentamente, haciendo sonar las alas, como si retornasen cansadas de un largo viaje... Los vacunos se encaminaban ahora en sentido contrario, todos pastando y lentamente en dirección a la estancia del "Rincón".



Panta, que había descubierto un grueso aparejo abandonado amarrado al tronco firme de un tala, tanteaba de vez en cuando la piola en la esperanza de descubrir la presa en el anzuelo. Hasta aquellos parajes había llegado Nicolás, el dueño de "El Fondo" con sus aparejos, a distraerse y "limpiarse el alma del mal" que le había ocasionado la lucha con las hormigas.

La frescura de la tarde le incitó al baño. Así, la marcha nocturna en dirección a "El Fondo" se le haría más fácil. El hambre ya paseaba su run-run de gato huraño en el estómago.

Metido en el río hasta la cintura, se echaba con

las manos el agua sobre los hombros, un agua fresca, pues ya había un poco de noche sobre el río.

En la superficie, los coletazos de los peces adornaban el agua de círculos concéntricos. Cada coletazo hacía mirar a Panta la piola del aparejo abandonado. Y, en una de aquellas oportunidades vio que la cuerda se alzaba tendiendo a la línea paralela con el agua. Luego, se movía de un lado para otro, agitando el agua. Sacudía los camalotes y ponía encrespada de ondas la superficie del río.

Panta, desnudo corrió hasta el árbol. En un abrir y cerrar de ojos desató la bien amarrada piola del aparejo y la tomó fuertemente entre las manos. El pez debía ser un surubí o un pacú de grandes dimensiones, pues forcejeaba lo increíble. Clavando sus pies en el barro, Panta tiraba hacia tierra. A veces, resbalaba; otras, se dejaba caer; en algunas ocasiones, clavó el talón de su pie derecho en unas raíces que aparecían a flor de tierra, afirmándose. Panta tendría un metro y medio de escasa piola, lo suficiente para luchar. De pronto el pez parecía ceder y Panta recogió fácilmente un par de metros. Pero luego, una vez más, se sentía el peso de la presa. El pez había enfilado hacia el medio del río. Intentaba, en esa forma, reventar el aparejo y verse libre del pescador.

Nuevamente quedaron en tierra dos metros escasos de piola. Panta seguía forcejeando. La obscuridad ya le impedía afirmarse y ver dónde pisaba. La lucha se fue haciendo cada vez más tenaz. Repetidas veces el pez llegó hasta cerca de la orilla, para hundirse, siempre inesperadamente, en el hondo cauce del río.

Panta comprendió que la lucha se hacía terrible. Como era cada vez más escasa la piola que tenía en su poder, rodeó su cuerpo con un par de vueltas, para dejarse caer, afirmándose en la tierra e impedir

la huída de la presa. Pero sintió de pronto en las manos el roce de la piola y en seguida la impresión como de haber tomado una brasa con las manos. Al brusco tirón del pez Panta soltó la punta de la piola que conservaba en la mano izquierda, dejando que por su cuerpo desnudo corriese la cinta recia del aparejo... El fuerte tirón abrió un tajo circular alrededor del cuerpo, haciéndose más pronunciado en las caderas y el abdomen... Como si fuese un hilo de fuego o un anillo candente que le aplicasen a las carnes, Panta dio un agudo grito salvaje que repitió el eco del río, volcándose como un alma loca y herida por los huecos del monte... Revolcándose, aullando, con ambas manos en la cintura, y en la garganta ronca un grito ahogado de fiera herida, Panta pobló la noche recién llegada de un espantoso lamento. Tenía las manos húmedas de su sangre caliente. Revolcándose en el barro fresco el herido buscaba en la tierra humedecida un calmante para su terrible dolor. Arañaba, boca abajo; el cuerpo entre el barro; la garganta ronca y agitando las piernas, parecía en la noche un pez negro y enorme, debatiéndose agonizante con estertores de muerte, en la orilla resbaladiza y fangosa del Tangarupá...

* * *

Por el callejón que conduce al pueblo de Saucedo pasaba en aquel momento el breque del *brasilero Pereira*. En él iba la mujer de éste y sus cuatro hijos. Atrás, en otro vehículo, con María, su hermana Redusinda y Nicolás. Redusinda llevaba en los brazos al hijo de su hermana. Volvían de la ciudad. El anhelo de Nicolás Acunha habíase realizado. La médica, que viajaba hecha una sombra en el pescante del breque de "El Fondo", rumiaba su secreto del triunfo,

recordando con fruición la tarde que dejara solos a Panta "el guacho" y a *la machorra*...

Los vehículos se cruzaron con la carreta del asturiano, que iba de viaje para la estación, llevando la lana de "El Fondo". La música de los ejes de su carreta hizo enmudecer a todos. Era tan desgarrador el canto de acompañamiento, que ahogaba las gargantas e impedía articular palabra. Más bien parecía un lloro inconsolable. Nadie hablaba. Cuando la marcha fue alejándolos de la carreta en viaje, y se ahogaba la música a lo lejos, una lágrima en los ojos de María, y un nudo en la garganta, hicieron que su corazón aprendiese el canto del carrero, para llorarlo siempre en las noches solitarias de Tangarupá.

* * *

A la entrada del sol del siguiente día, uno de los solitarios del "Rincón" se acercó a la barranca del río en su cabalgadura. Y, guiado por el olfato, descubrió entre el barro de la ribera el cuerpo de Panta. Cubría su carne maltratada una tela movible de moscas y hormigas... A cuatro pasos del lugar, junto a las alpargatas embarradas, estaba la latita con las hormigas cuyabanas. El solitario del "Rincón" abrióla torpemente, dejando caer a tierra el negro contenido de la caja. Sin explicarse qué era aquello, dejó en el pasto un montoncito negro y seco de hormigas muertas. Y salió, al galope tendido de su yegua, lleno de terror, a llevar la noticia del hallazgo a sus hermanos. Parecía huir de la noche que venía derramándose por los campos desiertos, como un agua negra y bienhechora.

Este volumen de la colección **Bolsillibros Arca**, fue impreso en los Talleres Gráficos de A. Monteverde y Cía. S. A. Treinta y Tres 1475, Montevideo, en el mes de setiembre de 1967.

Comisión del Papel. Edición amparada en el art. 79 de la ley 13.349.

El mundo primario y auténtico de la tierra codiciada, el erotismo instintivo, la violencia y la lucha de los hombres, en la primera novela realista de Enrique Amorim.